

La Dama Prohibida

JAVIER

HARO

HERRAIZ

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

LA DAMA

PROHIBIDA

-

-

-

-

-

-

-

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización expresa de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la Ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2019 Javier Haro Herráiz.

Diseño de portada y contraportada...: Javier Haro Herráiz.

1ª Edición.

ISBN...:

-

-

-

-

-

-

-

-

-

1ª PARTE

¿EL HOMBRE DE SU VIDA?

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-
-
-

-

CAPÍTULO 1º

MARY ANN COLLINS, UNA MUJER DE ARMAS TOMAR

Son las doce menos cuarto de la mañana y nos encontramos en el despacho que nuestra protagonista tiene en su importante empresa de cosméticos.

Su nombre es Mary Ann Collins, y a sus casi cincuenta años es lo que se dice una mujer de bandera.

No es muy alta, pero su cuerpo es generoso en curvas y su rostro es realmente bello y cautivador, destacando en él unos preciosos y expresivos ojos verdes, que hechizan a todo aquel que la conoce.

A pesar de su edad, sigue soltera y piensa seguir estándolo por mucho tiempo porque, según ella misma dice: Los hombres no merecen la pena, y solo sirven para pasar un buen rato en la cama y poco más.

Se dispone a salir a tomar algo de comer con un viejo conocido y amante ocasional, cuando suena su Smartphone de última generación, un sofisticado aparato valorado en más de treinta mil dólares, fabricado en exclusiva para ella y que fue un regalo de uno de sus adinerados compañeros de cama eventuales, que se empeñó durante varios meses en hacerla su esposa

y que acabó tan escaldado como el resto de los hombres que intentaron lo mismo antes que él.

*—¡Hola, Marcel! ¡Cuánto tiempo! —Saluda Mary Ann en un perfecto y más que fluido francés precisamente al mismo hombre que unos meses atrás le hiciera tan caro regalo. El tipo en cuestión es un afamado director de cine independiente belga, que no fue capaz de aprender una sola palabra de inglés en todo el tiempo que estuvo junto a ella. Algo que a nuestra protagonista le resultaba de lo más cargante y maleducado. Sin embargo, el tipo era un verdadero portento en la cama, y la hacía gozar y llegar al Séptimo Cielo del placer cada vez que hacían el amor. Y si además la llevaba a cenar a los más caros restaurantes y le hacía regalos valorados mínimo en diez mil dólares.

Cuando por fin termina de hablar con Marcel, Mary Ann ha llegado ya andando al lugar donde la espera su amigo Tony Buckley, que la recibe con todo un señor morreo y una intensa mirada al vertiginoso y espectacular escote de su conjunto de diseño exclusivo de valor por demás prohibitivo y alarmante, que realza de forma magistral y sugerente sus bellas y opulentas curvas.

—Nunca me canso de admirar tu cuerpo, querida Mary Ann —dice el hombre llamado Anthony en un suave susurro y mientras aparta la silla para que nuestra protagonista pueda tomar asiento en la mesa del prestigioso restaurante, cuyo propietario, entre otros galardones culinarios, es dueño de tres estrellas Michelin.

—Ya... —Ella le dedica la más pícaro y sensual de las sonrisas para luego agregar en tono por demás lascivo y travieso—: Pues si te portas bien y este sitio al que me has traído resulta ser tan bueno como me dijiste, después de comer no solo podrás admirarlos, sino también gozarlo.

Vemos cómo Anthony, al oír esto, traga saliva y luego sonrío satisfecho, pues si algo ha comprobado es que nuestra heroína es toda una experta en la cama.

Una vez concluida esta breve pero intensa conversación, la pareja pide la carta y disfruta de una cara pero al tiempo suculenta comida que cumple con creces las expectativas de la hermosa Mary Ann Collins.

—Mmm... Estaba todo realmente exquisito —dice la bella empresaria, guiñando un ojo a su compañero una vez han dado buena cuenta de todos los manjares.

—¿Tanto como para merecer ese premio que me prometiste antes? — Replica Buckley volviendo a posar sus ojos en el sugerente y vertiginoso escote de nuestra guapa y opulenta protagonista, que deja escapar una cantarina carcajada y responde en tono pícaro y lascivo al tiempo.

—Sabes que sí, cariño. Además, me muero por volver a hacerlo contigo; y eso es algo que digo pocas veces.

—V-vaya... —Vemos cómo el joven Anthony Buckley se pone rojo como un tomate y luego agrega, midiendo muy bien sus palabras—: ¿Me consideras tal vez mejor que tu amigo Marcel?

—Mmm... Marcel es Marcel, y tú eres tú.

—Eso no es una respuesta.

Mary Ann ríe divertida de nuevo antes de responder por fin, mientras acaricia con sus largos y suaves dedos el varonil rostro de su compañero.

—Dios... No tienes idea de cuánto me excita toda esa estúpida rivalidad vuestra cuando de saber quién es mejor en la cama.

Dicho esto, y sin mirar atrás y sin dejar de reír, la bella Mary Ann Collins encamina sus pasos hacia el lujoso deportivo último modelo de su cariacontecido amante, que la sigue poco después para abrirle la puerta del copiloto y permitirle de ese modo la entrada al automóvil.

-
-
-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 2º

EL DÍA A DÍA DE MARY ANN

Doce y diez de la tarde del Miércoles, 24 de Abril de 2019. En este preciso momento, nuestra protagonista llega a la factoría donde se producen y fabrican los famosos productos de belleza que llevan su nombre. Allí la espera el encargado del lugar, un sujeto bastante desagradable y siempre de mal humor llamado Charles Pelletier que odia a Mary Ann por haberlo rechazado en más de una ocasión por considerarlo demasiado agresivo y tosco. Algo que, por otro lado, es totalmente cierto.

Como siempre que se encuentran, la conversación entre ellos dos es

sumamente fría y distante, y se basa mayormente en el trabajo.

—Lo siento, Charles, pero no podemos abaratar costes en la producción. No pienso usar para mis cosméticos productos testados en animales por mucho que eso suponga un aumento de los costes. Sería por demás contradictorio que lo hiciera, siendo como soy miembro activo de varias plataformas y ONGs a favor de los derechos del Mundo Animal, ¿no crees?

—Pero Mary Ann, piensa un poco, por el amor de Dios. ¿Sabes acaso cuánto sobrecoste supone eso que propones?

—No, no lo sé. ¿Pero acaso sabes tú lo mucho que sufren esas pobres criaturas en los laboratorios donde prueban los cosméticos?

—¡Estamos hablando de animales, maldita sea!

—Sí, lo sé. Unos animales que son capaces de mostrar más sentimientos y empatía que muchas personas que conozco.

—Imagino que eso va con segundas.

—¿Y qué si lo hace? Ya sabes quién manda en esta empresa. Si no te parece bien, ya sabes dónde tienes la salida.

Pelletier aprieta con rabia ambos puños, y luego replica en un tenso y feroz susurro lleno de odio mal contenido:

—Un día, Mary Ann... Un día me cobraré todas las humillaciones y te lo haré pagar caro.

—Me parece perfecto, Charles. Pero hasta que llegue ese momento yo

soy la dueña de todo esto, y tú un simple subordinado.

Dicho esto, nuestra protagonista da por concluida la visita a la factoría.

Ese mismo día pero ya por la tarde, después de pasar gran parte de la jornada entre papeles y de reunión en reunión, Mary Ann Collins da por finalizado su trabajo como Presidenta y Directora Ejecutiva de su importante empresa de cosméticos, y marcha por fin a su pequeño pero lujoso ático ubicado en la zona más exclusiva de la Gran Manzana, muy cerca del celebérrimo Central Park, que ahora cruza a toda prisa, pues su serie favorita está a punto de comenzar en el canal de pago HBO.

—¿Qué puedo prepararme para cenar? —Se va preguntando nuestra heroína mientras camina a través del parque, deteniéndose de repente al escuchar una voz justo detrás de ella, pidiendo por favor que se detenga—. Lo siento, pero tengo prisa —replica en tono hosco e impaciente, para luego meditarlo mejor y detenerse para poder ver a la persona que acaba de hacerle semejante petición.

—Gracias, señorita Collins —dice el apuesto pintor de origen claramente latino, dedicándole al tiempo la más dulce y cautivadora de las sonrisas. Una sonrisa que hace que Mary Ann se derrita por completo y replique en un tímido susurro al reconocer al artista:

—Oh, no te había reconocido, Roberto. Disculpa, pero con las prisas...

—Vaya... Eso quiere decir que hoy tampoco me dejará que la pinte —dice Roberto en tono triste y decepcionado, haciendo sonreír a nuestra

protagonista antes de replicar dando un paso hacia el agraciado pintor de retratos:

—¿Qué te parecería venir a mi casa a pintar ese retrato?

—¿¡H-habla en serio!?

—Nunca bromeo cuando se trata de arte, querido Roberto.

—¿Y-y cuándo sería eso, señorita Collins? ¿H-hoy mismo?

—No, hoy no. Tengo cosas que hacer.

—Oh, vaya...

—¿Qué te parece el Sábado a eso de las doce del mediodía?

—¡Me parece perfecto!

—Pues apunta mi dirección, y te espero el Sábado —dice Mary Ann, sonriendo alegremente antes de reemprender el camino hacia su domicilio.

Una vez llega a su lujoso loft, nuestra bella empresaria se pone el pijama y se prepara una cena ligera.

—Mmm... Lo cierto es que es guapo el condenado —musita para sí, mientras se muerde levemente el labio al recordar la encantadora sonrisa del atractivo pintor de Central Park.

-
-
-
-
-

CAPÍTULO 3º

ROBERTO EL PINTOR

Son las tres menos cinco de la tarde del Sábado, 27 de Abril de 2019,

cuando el joven pintor de retratos de origen mexicano Roberto Osuna llega por fin al apartamento de nuestra protagonista y, con gesto por demás trémulo por los nervios, toca el timbre de la puerta para luego quedar esperando a que le abran.

Poco después la puerta se abre, apareciendo ante él la pequeña y rechoncha figura de Ivana, la vieja mucama rusa de Mary Ann Collins, que lo mira de arriba abajo con expresión adusta antes de decir en tono formal pero carente de emociones y dotado de un fuerte acento eslavo:

—Pase usted, don Roberto. La Señorita Collins le espera en su estudio.

—Gracias —responde Roberto en un tímido y cortés susurro antes de seguir a la empleada de hogar hasta el despacho de la dueña de la casa.

Cuando Mary Ann Collins abre la puerta de su estudio, el pintor no puede evitar abrir unos ojos como platos al ver lo hermosa que está.

—¿Qué? ¿Te vas a quedar ahí como un pasmarote, o vas a pasar para hablar del precioso retrato que piensas hacerme? —Ríe divertida nuestra bella protagonista en un intento por lograr que su invitado reaccione.

—¿Eh...? ¡Oh, claro, perdone, señorita Collins! —Cosa que Roberto Osuna hace pasados unos segundos al sentir en su brazo el contacto de la mano de su anfitriona.

—¡Hey! ¿Qué demonios es eso de señorita? —La dulce voz de Mary Ann suena cargada de cariñoso reproche, logrando que el bronceado semblante del artista bohemio se ponga colorado como un tomate maduro.

Luego, y en un tono de voz mucho más normalizado, la dueña de la casa agrega lo siguiente, clavando en su guapo invitado su intensa mirada color esperanza:

—¿Qué te parece el sitio para empezar el retrato? Es el rincón más tranquilo de todo el loft. Y como podrás ver también el mejor iluminado.

—Er..., sí. El sitio no está nada mal —responde Roberto pasados unos instantes y en un tono de voz lleno de dudas e incertidumbre que obligan a Mary Ann a hablar del siguiente modo:

—Pero algo me dice que no te gusta. Si es así, solo tienes que decirlo; te doy mi palabra de niña buena de no enfadarme.

—Se podría decir que a la hora de trabajar, prefiero los lugares abiertos —responde el artista, dibujando en su faz una tímida sonrisa.

—Entiendo.

—No te lo tomes a mal, pero...

—No me lo tomo a mal, tranquilo. Si lo prefieres, podemos ir a mi casa de campo. Allí tendremos todo un hermoso jardín a nuestra disposición para que puedas trabajar a tus anchas y lo más cómodo posible.

—¿H-hablas en serio?

—¿Qué quieres decir?

—¿De veras deseas que le pinte un retrato?

—¿Qué he de hacer o decir para que me creas?

—No sé... Me parece tan sorprendente que una mujer de tu estatus social desee que un pintor de medio pelo como yo le realice un retrato.

—Bueno, digamos que entiendo de arte lo suficiente como para, donde tú ves a un pintor mediocre, poder ver a un artista con un gran potencial al que, por desgracia, no se le han ofrecido las debidas oportunidades —mientras habla, Mary Ann abre una botella de un costoso licor de manzana y sirve dos pequeños vasos de cristal de Bohemia, de los cuales luego tiende uno a su invitado.

—Ahora en serio, señorita Collins —dice de repente Roberto, con voz claramente cargada de recelo y escepticismo. Un tono que obliga a nuestra protagonista a mirarlo fijamente con expresión entre confusa y dolida, mientras Osuna agrega del mismo modo resentido y suspicaz—: ¿A qué viene todo esto de invitarme a su lujoso domicilio y ofrecerme un supuesto trabajo como retratista?

Dicho esto, y sin esperar la respuesta de su anfitriona, el apuesto retratista sale del estudio dando un fuerte portazo, que hace derramar a Mary Ann parte del contenido de su copa.

—¡Mierda! —Masculla luego la bella mujer antes de agregar en un malicioso y pícaro susurro—: Así que le gusta ir de digno por la vida ¿eh, señor Osuna? Pues bien, juguemos a su juego.

-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 4º

DESAYUNO CON SU MEJOR AMIGA

Son las nueve y cinco de la mañana del martes, 30 de Abril de 2019 cuando Mary Ann Collins llega a la discreta pero al tiempo lujosa y exclusiva

cafetería donde ha quedado a desayunar con Joanna Maize, su mejor amiga desde la más tierna infancia.

Lo cierto es que sus vidas hace tiempo que tomaron senderos muy distintos, y mientras como todos sabemos, nuestra protagonista sigue soltera, Joanna se casó hace años, sigue con el mismo hombre y es madre de una preciosa hija de veinte años llamada Carol Ann que, casualidades del destino, es la cara visible de la publicidad de los productos que manufactura la empresa de nuestra heroína.

—Vaya, chica. ¿A qué viene esa cara tan agria? —Dice Joanna al ver llegar a su amiga con un semblante de cabreo tal que tira de espaldas.

—¿De veras quieres que te lo cuente? —Replica Mary Ann en tono hosco y al tiempo que toma asiento frente a Joanna en una de las mesas del local.

—Sé que lo estás deseando. Y algo me dice que tiene que ver con hombres. ¿Me equivoco? —Joanna Maize dibuja en su bello semblante una sonrisa por demás maliciosa al decir esto último.

—No, no te equivocas. Es más, aciertas de pleno —responde nuestra empresaria con rabia, casi mordiendo las palabras que salen de su boca.

—A ver, cuéntame y desahógate. ¿Cómo se llama el pobre infeliz al que no has conseguido llevarte a la cama? ¿Lo conozco?

—Bueno... Eso depende de lo mucho que te guste pasear por Central Park.

Joanna abre como platos sus hermosos ojos color café antes de

exclamar en un ahogado jadeo cargado de malicia y picardía:

—¿¡No me fastidies que te has enamorado de alguno de los jardineros del Parque!? Aunque ahora que lo menciono, hay uno por ahí con un culito la mar de delicioso, al que no me importaría hacerle un favor sin cobrarle nada.

Mary Ann Collins ríe con ganas antes de poder por fin replicar en tono por demás divertido y travieso:

—¡Nooo, Dios me libre!

—¿Entonces...? ¿Quién es ese supuesto Adonis que te resulta tan atractivo y que te ha dejado con tantas ganas de llevártelo a la cama?

—Se llama Roberto Osuna..., y es pintor de retratos. Y uno muy bueno por cierto. Mucho mejor que algunos que están vendiendo sus obras a precios de escándalo.

—Ya, no sigas —pide Joanna con voz maliciosa—. Creo saber por dónde van los tiros: Le ofreciste hacerte uno de esos maravillosos retratos de los que hablas, lo invitaste a tu casa, te insinuaste pero él no aceptó, o no te siguió el juego, o como quieras llamarlo y... ¿Me equivoco?

—No, idiota. No te equivocas —replica Mary Ann en tono enfurruñado y arisco antes de tomar su taza de café de Colombia y darle un rápido sorbo.

—Vaya, chica. Sí que te ha pegado fuerte esta vez —Joanna alza al máximo sus oscuras cejas en un divertido y sincero gesto de asombro, pues lo cierto es que nunca ha visto a su amiga tan afectada por ningún hombre.

—¡Es que tú no lo conoces! ¡Es perfecto en todos los sentidos! ¡Guapo, dulce, encantador, dueño de unos ojos y una sonrisa que derriten el hielo!

—Vale, vale, vale. Me ha quedado claro que el tipo te ha impactado pero bien.

—¡Más que impactado, Joanna! Lo cierto es que creo que me he enamorado de él como una adolescente con las hormonas revolucionadas.

—Ya... ¿Y por qué no...? Ya sabes...

—No, no sé. ¿Por qué no qué, Joan? ¡Dios, sabes que odio cuando te andas por las ramas! ¡Que me ponga la mar de nerviosa!

—Está claro, chica. ¿Por qué no le dices lo que sientes por él?

—¿¡Cómo!? ¿¡Acaso te volviste majara perdida!? ¿Qué sería de mi reputación de Femme Fatal si hiciera algo así?

—Cierto. Discúlpame por olvidar que la gran y excelsa Mary Ann Collins jamás pensaría en hacer algo tan vulgar y chabacano como expresar sus sentimientos ante ningún hombre, aunque éste sea al parecer el hombre de su vida.

—¡Te odio, Joanna Maize! Es más, me estoy conteniendo una cosa mala para no levantarme ahora mismo de esta silla y arrancarte los pelos a tirones.

—Dices odiarme, porque sabes que tengo razón —responde la amiga de nuestra protagonista sin dejar de sonreír con gran malicia, para luego unirse ambas mujeres en un coro de divertidas y sanas risotadas.

-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 5º

UN TENSO ENCUENTRO EN CENTRAL PARK

Son las siete y cuarto de la tarde del Viernes, 3 de Mayo de 2019. Hace tan solo un par de horas que nuestra principal protagonista abandonó la oficina y ahora pasea por Central Park mientras disfruta del sabor de un delicioso perrito caliente, preparado y servido por unos de los muchos vendedores ambulantes del lugar.

De repente vemos cómo se detiene al divisar no lejos de allí a cierto pintor de retratos que suele trabajar en el famoso parque neoyorquino.

—Eres tonta, Mary Ann —se dice en voz baja mientras da otro feroz bocado al succulento hotdog—. Eres Mary Ann Collins. La mujer perfecta. La mujer bandera. ¡La mujer diez! Y por lo tanto no debes permitir que ningún hombre, por guapo o atractivo que te pueda resultar, te intimide como lo hace quien tú ya sabes.

Dicho esto y tras dar a su perrito caliente los dos últimos bocados, Mary Ann echa a andar en dirección adonde Roberto Osuna se halla ejerciendo sus labores pictóricas con gran arte y maestría.

Sin embargo y haciendo caso omiso de sus propias palabras y consejos, al llegar junto al atractivo retratista, nuestra heroína acelera el paso y agacha su rubia cabeza con gesto avergonzado.

—¿Qué? ¿Acaso no piensas saludarme siquiera? —Escucha tras ella la voz del hombre que ha trastocado todas sus creencias sobre el género masculino.

—Esto...

—¿Primero pretendes manipularme, y ahora me ignoras por completo como si no existiera? ¡Eres mucho peor persona de lo que me imaginaba, Mary Ann Collins!

Por unos instantes, todo lo que nuestra protagonista acierta a hacer es boquear como pez en el agua, al tiempo que abre y cierra ambos puños a toda velocidad hasta que por fin...

—¿¡Cómo has dicho, maldito y estúpido engreído!? ¿¡Que yo pretendo manipularte!? ¿¡Cómo demonios te atreves a hablarme en ese tono, cuando yo lo único que hice fue ofrecerte un modo de ganar un buen dinero extra

pintándome un retrato!?

—¿Ah, sí? ¿Seguro que solo pretendías eso, Mary Ann? ¿Seguro que no pretendías llevarme a la cama para luego fardar ante tus amigas de cómo te habías aprovechado del pobre pintor del parque? Pues has de saber que yo no soy ese tipo de hombres. Yo tengo mi orgullo.

—Ya. Todo el orgullo que tú quieras, pero lo cierto es que te mueres por besarme, Roberto Osuna —replica Mary Ann en el tono más cruel y desafiante que es capaz de conseguir, haciendo que el pintor la mire fijamente durante un buen rato y luego, soltando un bufido de pura indignación, agarre sus bártulos y se aleje del lugar, haciendo caso omiso de los gritos y burlas de la bella empresaria.

Esa noche, a las doce y diez de la madrugada, Mary Ann despierta en su cama junto a uno de sus muchos amantes, al que mira con expresión por demás hastiada antes de musitar para sí:

—Creo, cariño, que es hora de que empieces a replantearte en serio qué es lo que buscas en los hombres. Si es solo sexo, solo cariño, o ambas cosas.

—¿Qué dices, Mary Ann? —Masculla su amante entre sueños y revolviéndose entre las sábanas—. ¿Por qué no te duermes? —Agrega seguidamente el atractivo hombre antes de quedar él mismo sumido en un profundo sopor, mientras nuestra protagonista se alza de la cama, y completamente desnuda sale de la habitación y se acerca a una de las dos ventanas de su lujoso loft que dan a Central Park.

—Seguro estará durmiendo en alguna pensión de mala muerte —musita

para sí pensando en su bello y atractivo amor platónico—. Cuando podría estar aquí y ahora, entre mis brazos.

Tras esto, y después de dejar escapar un lánguido suspiro, Mary Ann Collins vuelve a la cama junto a su conquista de esta noche, un joven al que conoció hace apenas unas horas y al que, literalmente, arrastró hasta su lecho pues en cierto modo le recordó a su amado Roberto Osuna.

Lo cierto es que no estuvo nada mal hacerlo con él. Pero claro, no es su adorado retratista. Tal vez por eso a la mañana siguiente se despide de él con la intención de no volver a verlo nunca más.

-
-
-

CAPÍTULO 6°

UN DESAFORTUNADO REENCUENTRO

Siete y diez de la tarde del Lunes, 6 de Mayo de 2019. Nuestra protagonista acaba de abandonar su despacho y se dispone a marchar a su lujoso loft cercano a Central Park, cuando suena su Smartphone de última generación avisándole de la entrada de un número desconocido, por lo que Mary Ann duda sobre si responder o no. Cosa que finalmente hace con cierto recelo.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Hablo con Mary Ann Collins? —La voz que le llega desde el otro lado de la línea le suena familiar. Demasiado familiar; tanto como para hacer que su corazón dé un vuelco dentro de su amplio busto antes de responder con voz trémula por la emoción:

—¿D-de veras eres tú, Douglas?

—¡Sí! Vaya, es una alegría ver que te acuerdas de mí después de llevar más de veinte años sin saber nada el uno del otro.

—Pues ya ves que sí. Lo cierto es que de ti guardo muy buenos recuerdos, Douglas. Tal vez se deba a que fuiste uno de los pocos hombres que pasó por mi vida y no me vio solo como un cacho de carne del que aprovecharse y luego salir corriendo.

—Vaya... No sé qué responder a eso.

—No hace falta. Solo dime si te apetece quedar a tomar algo y charlar para que organice mi agenda y...

—¿Te viene bien mañana Martes a eso de las siete y algo de la tarde para tomar unas copas y ponernos al día?

—Me parece perfecto.

Y así lo hacen.

Y al día siguiente, sobre las siete y diez de la tarde, después de casi veinte años sin saber prácticamente nada el uno del otro, Mary Ann Collins se reencuentra por fin con Douglas Edginton, aquel que fuera su novio durante sus alocados años de juventud.

—Vaya... Mírate, estás estupenda; ciertamente los años te han sentado de maravilla, querida Mary Ann.

—Tú tampoco estás nada mal, Douglas. Tal vez has ganado algo de peso y ya no eres aquel muchacho deportista que traía locas a las jovencitas, pero...

—¿Qué te apetece hacer? ¿Conoces algún sitio donde podamos sentarnos a hablar tranquilamente mientras tomamos algo?

—Te propongo algo mejor. ¿Vale?

—Claro. Soy todo oídos.

—Te apetece cenar conmigo en un pequeño restaurante que hay no lejos de aquí, y luego, no sé...

—¿Lo que surja, como hacíamos cuando éramos novios?

—Eso. Vaya, chico. Cualquiera diría que me has leído el pensamiento —Mary Ann Collins ríe divertida y luego acaricia con gesto cariñoso el rostro de su antigua pareja.

—Me parece perfecto, Mary Ann; pero antes deberías saber una cosa sobre mí.

—Huy, miedo me das con ese tono de voz tan sombrío y misterioso —dice nuestra hermosa protagonista en tono jovial, pero frunciendo levemente el entrecejo.

—Estoy casado... Con una mujer maravillosa a la que adoro y que me ha dado dos hijas preciosas y fantásticas.

—Oh, vaya... —Musita Mary Ann en tono leve pero al tiempo claramente molesto—. ¿Y qué pretendes decirme con eso, Douglas Edginton?

—No sé, como has dicho... Ya sabes.

—¿Y lo que surja?

—Eso, yo pensé...

—Ya, pues pensaste mal, querido Douglas. No me voy acostando con el primero que se me pone a tiro, por muy novio mío que haya sido en el pasado. Es más, creo que ya no me apetece salir a cenar contigo. Así que puedes volver junto a tu maravillosa familia que seguro te está esperando con los brazos abiertos y se preguntarán dónde está su querido padre y marido.

Dicho esto, y sin dar tiempo a su antiguo novio de juventud a decir una sola palabra más, Mary Ann Collins da media vuelta y se aleja del lugar, dejando a Douglas con la boca abierta y el ceño fuertemente fruncido por el desconcierto y el estupor más evidente y absoluto.

Al llegar a casa, nuestra protagonista se prepara algo rápido de cenar, se pone el pijama y se sienta a ver la tele mientras piensa en lo estúpidos que pueden llegar a ser los hombres.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 7º

EL ODIOSO CHARLES PELLETIER

Son las doce y cinco de la tarde del Viernes, 10 de Mayo de 2019 y nos encontramos en las oficinas donde nuestra protagonista ejerce sus funciones de máxima directiva de una de las más importantes empresas de cosméticos del Mundo.

En estos momentos alguien golpea varias veces en la puerta del despacho de Mary Ann Collins solicitando ser recibido. Por cómo da los golpes, podemos decir que esa persona tiene mucha prisa por hablar con la bella empresaria.

—Adelante, está abierto —dice Mary Ann en tono cordial, invitando a entrar a la persona que hay al otro lado de la puerta.

Su expresión cambia radicalmente al ver de quién se trata.

—Ah, eres tú.

—Sí, soy yo, Mary Ann —replica Charles Pelletier en tono hastiado, para luego agregar en tono por demás cortante e imperativo—: Estoy aquí para recordarte que tienes una empresa que dirigir, que los proveedores hace semanas que desean hablar contigo sobre no sé qué asunto y que...

—¡Espera un momento, Charles querido! —Masculla furiosa nuestra protagonista al tiempo que, muy despacio y apoyando ambas manos sobre la superficie de la costosa mesa de caoba y cristal de su no menos lujoso despacho, se alza de su asiento para poder quedar más al nivel de su odiado interlocutor.

Una vez se halla por completo erguida, Mary Ann sigue hablando en tono por demás belicoso.

—Para empezar y para que te quede claro. No necesito que nadie y menos tú me dé lecciones de cómo llevar adelante mi negocio ni de cómo tratar con los proveedores.

—No hace falta que te pongas así tampoco. Yo solo vine a recordarte que hay un grupo de vendedores que llevan semanas intentando hablar contigo. No es mi labor, ni tampoco lo pretendo, enseñarte a llevar tu empresa.

—Muy bien, ya has dejado el recado. ¿Quieres algo más, o te vas a quedar ahí plantado mirándome como un pasmarote?

—No, no quiero nada más.

—Bien. ¿A qué esperas entonces para salir de aquí y dejarme sola dirigiendo mi empresa? —Mary Ann pronuncia estas palabras con los dientes

apretados. Se ha levantado con un fuerte dolor de cabeza y lo último que necesita es al bueno para nada de Pelletier intentando darle lecciones de cómo administrar su compañía.

—De acuerdo, de acuerdo, ya me marchó. Pero luego no me vengas con quejas sobre los proveedores —rezonga Pelletier antes de, por fin, dejar el despacho de la bella y madura empresaria, que no puede evitar dejar escapar un suspiro de alivio antes de caer en la silla y llevarse ambas manos a la cabeza pues la jaqueca, lejos de remitir, aumenta su intensidad a pasos agigantados.

Ese mismo día, sobre las siete y cinco de la tarde, Mary Ann no aguanta más en el trabajo y decide marchar a casa a descansar.

Al pasar por Central Park decide dar un gran rodeo para no tener que cruzar por la zona donde Roberto Osuna ejerce su labor de retratista. Es algo que lleva haciendo ya unos cuantos días desde su fuerte encontronazo con el pintor. Y aunque se le antoja una chiquillada, no puede evitarlo.

Por fin llega a su apartamento y se prepara un vaso de leche con una pastilla para el dolor de cabeza.

Son casi a las doce y media cuando Mary Ann decide irse a la cama, todavía sufriendo una horrible jaqueca y lo que es peor aún, con una décimas de fiebre según indica su moderno termómetro electrónico, regalo de uno de sus muchos amantes, un guapo y simpático Director de un exclusivo hospital alemán con el que hace unos años mantuvo un breve pero intenso affaire amoroso.

Logra dormir hasta las siete y media de la mañana de un tirón, y se

levanta bastante mejor de lo que se acostó.

—Hoy va a ser un día complicado, lo presiento —masculla nuestra hermosa protagonista mientras se lava los dientes y se asea en su pequeño pero completo y moderno cuarto de baño.

Luego, y como todos los días antes de salir para su oficina, toma un desayuno a base de tostadas con mermelada, zumo de frutas del bosque y un buen tazón de café con leche y tres cucharadas de azúcar moreno.

Se dispone a salir de su loft, cuando recibe un Whatsapp de Pelletier recordándole el asunto de los proveedores.

—Mierda, es cierto —masculla Mary Ann de mala para de inmediato agregar en el mismo tono hastiado—: Lo cierto es que ese bueno para nada de Charles tiene razón al decir que llevo unos días en que la empresa me importa más bien poco —dicho lo cual, y sin esperar más, sale de su ático y corre hacia los ascensores del lujoso edificio de apartamentos donde vive.

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 8º

LOS PROVEEDORES

Son las nueve menos diez de la mañana del Lunes, 13 de Mayo de 2019 cuando la madura y bella empresaria Mary Ann Collins recibe en su despacho al primero de los proveedores con los que ha quedado a hablar durante el día.

Son tres, y ha organizado todo para estar con ellos no más de una hora, pero tampoco menos de veinte minutos.

El primero de ellos es un tipo bastante interesante. Alto y algo entrado en carnes, pero aun así dotado de cierto atractivo.

Dice llamarse Marcus y su voz es suave y cálida como el terciopelo. Como lo es la de su amado Roberto, aunque carente de ese encantador acento latino que posee la del pintor de Central Park.

Los trámites con Marcus el proveedor se prolongan por espacio de unos cincuenta minutos, llegando por fin los dos a un acuerdo la mar de beneficioso para ambas partes.

Al siguiente abastecedor en entrar por la puerta ya lo conoce. Un tipo bastante frío y distante, que solo sabe hablar de trabajo y regatear como si estuviera en un partido de fútbol y viviera por conseguir el mejor precio posible. Aparte de eso, es antipático hasta decir basta y poco agradable a la vista. Tal vez por eso, o simplemente porque aún le dura el malestar de hace unos días, nuestra protagonista lo despacha lo más rápido que puede.

Y por fin, cuando son las once menos cuarto de la mañana, entra en su

oficina el último de los tres proveedores.

Se trata de una mujer bastante joven y agraciada con la que no le cuesta demasiado conectar.

Dice llamarse Sabrina Maggenti y sabe hacer bien su trabajo, algo que a nuestra protagonista siempre le ha gustado y valorado en cualquier persona, tanto a nivel profesional como privado.

Es tal la conexión que nace entre ellas, y dado parecen haberse caído tan bien ambas mujeres, que Mary Ann no lo duda un instante cuando la joven llamada Sabrina le propone salir de copas y de marcha esa misma noche cuando ambas terminen su jornada laboral.

La velada con su nueva amiga resulta de lo más gratificante, prolongándose hasta más allá de las dos de la madrugada, momento en el cual las dos mujeres se despiden con dos besos en las mejillas y la promesa firme y sincera de volver a verse cuanto antes.

Sin embargo, antes de marchar para su casa, la joven Sabrina hace algo más: Toma a Mary Ann de la mano y mientras se la oprime con franco cariño le susurra dulcemente al oído:

—No dejes que ese chico que tanto te gusta se te escape, cariño. Una mujer como tú es un tesoro que muchos hombres desearían poseer.

—No sé, bombón... —Replica Mary Ann con voz triste y pensativa.

Sabrina la toma por la barbilla y la obliga con mucha suavidad a mirarla a la cara, mientras le dice lo siguiente con mucha cautela:

—Yo sí sé, Mary Ann. Por lo que me has contado sobre ese tal Roberto, él también está coladito por ti, sin que le importe tu estatus social, bastante mejor que el suyo al parecer.

—Ya, pero...

—¿Pero qué? ¿Tienes miedo de que te quiera solo por tu dinero?

—¿Tú crees?

—Yo creo que no. Un hombre que se enfada tanto por el simple hecho de invitarlo a tu casa para hablar de un sencillo retrato porque pensaba que pretendías llevarlo a la cama. No sé, opino que merece la pena.

—¿Verdad que sí? Ains, ¿qué hago, Sabrina? ¿Qué hago, maldita sea?

—Lo que está claro es que estás coladita por ese tal Roberto Osuna.

—¿Tanto se me nota?

—¡A la legua! Tus ojos brillan de un modo especial cuando hablas de él.

—No lo puedo evitar. ¡LO AMO CON TODO MI SER!

—Pues lo dicho, bombón: ¡Ve a por todas!

—¡Y que sea lo que Dios quiera!

—¡Eso es, cariño! ¡Ese es el espíritu! —Exclama Sabrina antes de despedirse por fin de Mary Ann, dándole un fuerte abrazo y otros dos sonoros besos en ambas mejillas.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 9º

LAS TRIBULACIONES DE ROBERTO OSUNA

—Así que una dama de la Alta Sociedad ¿eh, colega? —Ríe con ganas el amigo del retratista protagonista de nuestra historia después que éste le ha hablado sobre Mary Ann Collins.

—¡Deja de reírte, o te parto la cara! —Espeta Roberto en un furioso susurro al tiempo que aprieta con rabia ambos puños en un gesto de lo más amenazador y explícito, haciendo que su amigo alce las manos a la altura del rostro y replique en tono conciliador y defensivo.

—¡Epa, tranquilo, colega! Solo era una broma, no te enfades conmigo.

—Pues no bromees con según qué cosas.

—De acuerdo, nada de bromas.

—Eso está mejor —dice Roberto en un tono de voz algo más apacible y antes de alzar su mano derecha para requerir a la guapa camarera del local que se acerque a la mesa para pedirle otra ronda de cervezas.

—¿Y dices que te invitó a su apartamento para hablarte de un posible retrato? —Inquiere su amigo una vez la mesera les ha servido las nuevas consumiciones.

—Eso es. Pero el caso es que pretendía algo más.

—¿Algo más...? —El colega de Osuna se le queda mirando con una ceja alzada en un claro gesto de estupor.

—Ya sabes a lo que me refiero, Patrick.

—¡Claro que sé a qué te refieres, joder! ¡De ahí mi sorpresa! —El hombre llamado Patrick aporrea la mesa con fuerza antes de lanzar una sonora carcajada y exclamar en tono socarrón—: ¿¡De veras dejaste pasar una oportunidad como esa, amigo mío!? Por cómo la describes, esa mujer debe ser algo así como una Diosa del Olimpo. ¿¡Y tú dejaste escapar la ocasión de hacer el amor con ella!? ¡Vamos, anda, eso no te lo crees ni tú, querido Roberto!

—Pues ya ves que no todos son como tú, querido Patrick. No todos usamos a las mujeres como si fueran objetos de usar y tirar. Algunos tenemos en cuenta los sentimientos de los demás.

—¡Hey, para el carro, colega! Por lo que me cuentas o estoy deduciendo yo de todo esto, era esa tipa la que pretendía llevarte a la cama, no al contrario.

—Ya, bueno... ¡Tú ya me entiendes!

—Pues, para serte sincero, no, no te entiendo —replica Patrick, dando con ello por finalizada la conversación y despidiéndose de Roberto a toda prisa para volver a su puesto en Central Park a seguir tocando la guitarra para ganarse la vida.

Roberto aún queda un buen rato bebiendo cerveza y conversando con aquellos parroquianos a los que conoce de vista en el parque.

Son casi las diez de la noche cuando por fin, el retratista deja el bar y encamina sus pasos hacia la pensión de mala muerte donde reside.

En el camino se tropieza con una antigua amante, una joven prostituta llamada Tracy que le ofrece sus encantos por un módico precio, que Roberto rechaza de manera cortés pero firme.

—¿Qué te pasó, Robertito? —Replica la meretriz con voz melosa y sinceramente preocupada, pues el cariño que siento por el artista es franco y honesto—. ¿Acaso ya no te gusto? ¿No te gustan mis senos, así pequeños y firmes que caben en tu mano?

—No es eso, Tracy. Es solo que... —Osuna deja escapar un lánguido suspiro que hace que Tracy se le quede mirando fijamente con el ceño fruncido durante unos segundos antes de exclamar en tono de cariñoso y divertido reproche:

—¡Acabáramos! Así que es eso, ¿eh, bribonzuelo?

—¿Eso? ¿Qué es eso? —Responde a su vez Roberto, poniéndose clara y visiblemente a la defensiva.

—¡Que tú te has enamorado de otra!

Por un instante da la sensación de que Roberto va a negar la evidencia, pero pasados unos segundos, el pintor replica de muy malos modos:

—¿Y qué si lo he hecho? Que yo sepa, entre tú y yo no hay nada, ningún compromiso ni nada que se le parezca, salvo el hecho de acostarnos cuando nos place.

Tracy la fulana deja escapar un lánguido suspiro cargado de resignación y luego dice lo siguiente mientras acaricia con ternura la mejilla derecha del artista:

—Si, tienes razón. Yo no soy nadie para meterme en tu vida ni para exigirte nada. Pero hazme un favor, ¿vale?

—Si está en mi mano...

—No dejes que esa mujer, sea quien sea, te haga ningún daño. Tú vales mucho y no soportaría verte sufrir.

Dicho esto, la joven meretriz se aparta de Roberto, dejándole el camino de nuevo libre hacia su pensión.

-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 10º

NUEVO ENCUENTRO CON SABRINA

Siete menos cinco de la tarde del Domingo, 19 de Mayo de 2019. Después de un intenso fin de semana en la vida de Mary Ann Collins en el que ha habido de todo, desde alcohol hasta una orgía con tres guapísimos jovencitos la mar de bien dotados y potentes en la cual también participó su nueva amiga Sabrina Maggenti la proveedora, nuestra protagonista ha quedado con ésta a tomar una cerveza y hablar de nuevo con ella sobre asuntos de mujeres. Es decir, de hombres; sobre todo de uno en particular.

—No seguiste mi consejo. ¿Verdad que no, cariño? —Es lo primero que dice la hermosa abastecedora de origen italiano cuando, tras un lánguido suspiro, nuestra protagonista deja escapar de entre sus labios el nombre de su adorado pintor de retratos.

—¡Dios, no, Sabrina! Sabes que tengo pánico a su rechazo.

—Debe de tratarse de alguien muy especial para provocar algo así en ti, querida. Por lo poco que te conozco, me consta que no eres la típica mojigata que se deja manipular y manejar por los hombres, más bien todo lo contrario.

—Pues ya ves... ¡Es pensar en él y venirme abajo y ponerme a temblar como una colegiala en su primera cita! —Mary Ann deja brotar de entre sus labios una risita por demás nerviosa, que luego se transforma en un quedo suspiro cargado de amor hacia el, por lo visto, inalcanzable Roberto Osuna.

Pasados unos instantes, Sabrina lanza a nuestra heroína la siguiente pregunta:

—¿Dices que es pintor de retratos?

—Eso es. Y por lo que he podido apreciar, con mucho talento además.

—¿Y convertirte en su mecenas anónimo? —Propone Sabrina Maggenti casi sin pensar y logrando que Mary Ann se la quede mirando con expresión claramente pensativa, antes de replicar tras dar un rápido sorbo a su vaso de cerveza helada:

—¿Hablas en serio?

—¿Por qué no?

—No sé yo...

—Eres una empresaria de éxito y te lo puedes permitir.

—Ya, pero...

—Además, por lo que sé de ti, eres toda una entendida en arte. Y por otro lado tengo entendido que no sería la primera vez que haces algo parecido.

Tras estas palabras de Sabrina, Mary Ann Collins permanece en silencio, sopesando claramente su respuesta.

—¿Qué tienes que perder, a ver? —Insiste su nueva amiga mientras ella sigue meditando los pros y los contras del asunto.

—Pues... —Comienza por fin a hablar con toda la cautela del Mundo —. Si lo piensas bien, yo diría que nada.

—Eso es. No tienes nada que perder.

—Pero, por otro lado, si Roberto llegase a enterarse, se podría enfadar mucho conmigo. ¡Y entonces sí que lo habría perdido para siempre!

—Bueno, bueno, bueno. No elucubremos de modo tan innecesario, por el Amor de Dios, Mary Ann.

—Para ti es fácil decirlo —replica nuestra bella empresaria de malos modos y frunciendo con fuerza el entrecejo en un gesto que provoca que en el lindo semblante de su amiga se dibuje una amplia sonrisa antes de responder en tono firme y decidido:

—Tienes razón, Mary Ann. Lo estás pasando mal y yo en vez de ayudarte me estoy burlando de ti. ¿Pues sabes qué te digo?

—Pues como no me lo digas tú...

—Que a partir de ahora no voy a burlarme más de ti, y te voy a apoyar en todo lo que pueda. ¿Qué te parece?

—¿Mmm...? ¿Hablas en serio?

—Totalmente. Palabrita del Niño Jesús.

—Mira que llegas a ser tonta cuando quieres, Sabrina Maggenti.

—¿Qué va a ser, entonces? —La guapa proveedora de productos químicos clava en Mary Ann sus bellos y expresivos ojos color café en espera de la respuesta de nuestra madura y hermosa protagonista.

—Te voy a hacer caso, y voy a intentar un nuevo acercamiento con Roberto. Eso sí, si no funciona me rendiré a la evidencia, y es posible que acabe mis días en un convento de clausura.

—¡No serás capaz! —Exclama Sabrina para luego estallar ambas mujeres en un coro de estridentes y divertidas carcajadas.

FIN 1ª PARTE

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

2ª PARTE

MARY ANN EN ACCIÓN

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-
-
-
-

CAPÍTULO 1º

¡HAY QUE PONER CELOSO A ROBERTO!

Seis de la tarde del Miércoles, 22 de Mayo de 2019. Este es el momento escogido por la madura pero aún bella y exuberante empresaria de productos de belleza Mary Ann Collins para iniciar el Plan de Choque que hará que el pintor de retratos de origen latino Roberto Osuna caiga por fin rendido a sus pies.

En este preciso instante se halla reunida con sus dos mejores amigas Joanna Maize y Sabrina Maggenti, las cuales se acaban de conocer pero han congeniado desde el primer momento a las mil maravillas.

—¿Y bien, amigas mías? ¿Cuál pensáis vosotras que es el primer paso que he de dar para conquistar el corazón de mi adorado retratista? —Pregunta Mary Ann mirando primero a Sabrina y luego a Joanna.

—Yo creo que está claro —comienza a responder Joanna casi de inmediato, para luego mirar a Sabrina y agregar en tono pícaro y malicioso—: Lo primero que has de hacer es ponerlo celoso a más no poder.

—¡Eso! ¡Y cuánto más, mejor! —La segunda Sabrina al momento y guiñando un ojo a Mary Ann, que las vuelve a mirar y luego inquiere con voz

claramente cargada de duda y recelo:

—¿Estáis totalmente seguras de ello?

—¿Y por qué no? —Replica Sarina, encogiéndose de hombros en un gesto cargado de estudiada indiferencia.

—Ya, pero... —Replica Mary Ann en un tono de voz que deja bastante patente que no le parece la mejor de las ideas.

—¿Pero qué? —Joanna clava en ella una mirada por demás intensa, apremiándola a seguir hablando para explicar sus reticencias.

—No sé, chicas... Darle celos me parece algo tan cruel y tan... ¡Tan rastrero!

No ha terminado de decir esto, cuando vemos cómo Joanna Maize se alza de su asiento y se acerca a ella para posar una mano sobre la cabeza de la bella y exitosa empresaria al tiempo que clama casi a voz en grito:

—¡Oh, Dios mío! ¿¡Qué has hecho con mi amiga, pues esta mujer que hay aquí no es ella!? ¡Haz que vuelva con nosotras, yo te lo imploro!

Pasados unos segundos, y ya en un tono de voz mucho más formal, Joanna dice lo siguiente tras volver a tomar asiento:

—Ahora en serio, Mary Ann. No te reconozco.

—Vaya... ¿Y eso?

—Muy sencillo, amiga mía; ¿dónde está esa mujer que jugaba con los hombres y los manejaba a su antojo como los monigotes que son? ¿Aquella

mujer hecha a sí misma a la que no le hacía falta ningún macho para salir adelante?

—¿¡E-en serio piensas eso de mí, Joanna!?! —Replica Mary Ann visiblemente afectada por las palabras de su mejor amiga—. ¿Me ves realmente como una manipuladora de hombres?

—Bueno, no sé..., tal vez me he pasado un poco...

—¡Te has pasado tres pueblos, bonita! —Bufa Mary Ann mientras fulmina a su amiga con la mirada, dando la impresión de estar dispuesta a saltar sobre Joanna y enzarzarse con ella en una pelea de gatas.

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Tiempo muerto! —Interviene en ese momento Sabrina—. No pienso permitir que dos mujeres que llevan años siendo uña y carne se pongan ahora a reñir por un hombre que, por el momento, no nos ha demostrado que merezca la pena. Así que ya podeis daros la mano, o un beso, o lo que más os apetezca.

—¡Mierda, tienes razón! —Espeta Joanna, al tiempo que da un paso hacia Mary Ann—. Nos estamos comportando como dos estúpidas colegialas.

—Sí... Dos niñas tontas y malcriadas peleando por un macho estúpido que no merece la pena —dice nuestra protagonista mientras se abraza a la persona que lleva toda su vida siendo su amiga y su confidente en los buenos y en los malos tiempos.

—¿Y bien? —Suenan entonces la voz de Sabrina, rompiendo el bucólico momento entre ambas mujeres—. ¿Qué hacemos entonces? ¿Ponemos en marcha la operación “Celoso a rabiar”?

—Por mí, sí —responde Mary Ann mientras hace un gesto a Sabrina para que se acerque y se unan las tres en un fraternal abrazo.

—¡Vamos a darle una buena lección a ese capullo de Roberto Osuna!
—Exclama Joanna.

—¡Eso! ¡Vamos a enseñarle lo que les pasa a aquellos que rechazan a nuestra amiga! —La secunda Sabrina antes de unirse las tres en un coro de divertidas carcajadas.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 2º

BUSCANDO CANDIDATO

Siete y veinte de la tarde del Sábado, 25 de Mayo de 2019. En estos momentos hay tres bellas mujeres reunidas en el lujoso loft de nuestra protagonista, planeando algo por demás maquiavélico.

—¿Qué te parece apuntarte a una página de contactos online? —
Pregunta Sabrina Maggenti mientras da un sorbo a su “Bloody Mary” preparado con gran maestría por su guapa anfitriona y amiga.

—Si hablas de Tinder o similares, olvídate —rechaza de plano Mary Ann Collins, meneando con energía su rubia cabeza.

—¿Y eso? —Replica la no menos hermosa proveedora de productos químicos, mirando primero a nuestra heroína y luego a Joanna Maize, que sonríe y responde en tono claramente confidencial:

—Digamos que Mary Ann tuvo una mala experiencia en esa red de contactos.

—Ahá... Pues nada, chicas. ¡Fuera Tinder!

—¿Qué nos queda entonces? —Vuelve a hablar Joanna mientras clava sus bellos ojos color café en Mary Ann, que se encoge de hombros con gesto indiferente antes de responder con evidente desgana:

—Siempre puedo echar mano de mi abultada agenda de follamigos. Como bien sabe la amiga Joanna, de esos tengo para dar y vender.

—Bueno, esa podría ser una buena opción —dice Sabrina en un tono de voz no demasiado convencido.

—O tal vez no —deniega Mary Ann con un enérgico cabeceo antes de agregar en tono decidido—: Ya que lo hacemos, vamos a hacerlo bien, chicas.

—¿Y eso significa...? —Sabrina Maggenti fija en la exitosa empresaria una mirada de lo más inquisitiva y expectante.

—Eso significa que nada de acudir a los viejos contactos o conocidos. Necesito conocer gente nueva, hombres nuevos a los que no haya visto en mi vida.

—¿Pero nada de páginas de contacto? —Inquiere Joanna en tono levemente confundido pero jocoso al tiempo.

—Eso es. Nada de Badoo ni de Tinder ni de otras páginas por el estilo —explica nuestra protagonista, poniendo gran énfasis en sus palabras.

—¿Y nada de tirar de viejos contactos? —Vuelve a inquirir Joanna Maize, frunciendo levemente el entrecejo para dar a entender que hay algo que se le escapa por completo en el plan de Mary Ann.

—Nada de tirar de viejos contactos tampoco —Mary Ann deniega con un enérgico cabeceo, para luego agregar en tono animado y jovial—: Voy a dar a mi vida amorosa un giro de ciento ochenta grados, y quién sabe. Si no consigo enamorar al pintor, tal vez conozca a alguien mucho más interesante.

—¡Eso es, cariño! ¡Ese es el espíritu! —Exclama Sabrina al tiempo que alza su vaso de bebida al aire para brindar por su amiga.

Nueve y veinte de la tarde de ese mismo día. Mary Ann sale de la ducha y cubre su maduro pero aún apetecible cuerpo con una costosa bata de seda.

Luego se encamina hacia el armario ropero de su dormitorio y comienza a vestirse con un vestido de lo más sugerente. Un vestido que realza a las mil maravillas las vertiginosas y bellas curvas de su anatomía.

Mientras lo hace va canturreando una tonada de moda que escuchó hace unos días en la radio.

Es una tonada alegre que la hace sonreír.

Pero no solo sonríe por eso. También sonríe porque, si todo sale bien, esta noche piensa pasarlo de vicio y hacer borrón y cuenta nueva con su vida.

—Presiento que ésta va a ser una noche maravillosa —susurra para sí Mary Ann Collins mientras termina de ponerse el bello y sugerente vestido y se mira al espejo, sonriendo al verte tan estupenda y apetecible.

De repente suena su móvil haciéndole dar un salto y estallar luego en un coro de alegres y al tiempo nerviosas carcajadas antes de coger su Smartphone y responder en tono jovial y animado:

—Sí, chicas, ahora bajo.

Luego, tras cortar la llamada con sus dos mejores amigas, nuestra protagonista se planta en medio de su habitación y exclama en tono decidido:

—¡Esta noche vamos a petarlo! ¡Mucho cuidado, hombres, que aquí llega Mary Ann Collins dispuesta a comerse el Mundo!

-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 3º

LAS REINAS DE LA NOCHE

Son las dos y veinte de la madrugada del Sábado al Domingo, y la fiesta no ha hecho más que comenzar para nuestras tres bellas amigas. Sobre

todo para nuestra principal protagonista, la madura pero bella y exuberante empresaria Mary Ann Collins, que no ha parado de bailar y de reír desde que entrase junto a sus compañeras al local nocturno de moda de la Gran Manzana.

—¡MIRAD AQUEL SEMENTAL NEGRO DE ALLÍ, CHICAS! —
Exclama de repente Joanna Maize, a voz en grito para hacerse escuchar por encima de la música de la discoteca, señalando con su cabeza a un guapísimo hombre de raza negra que por lo visto lleva un buen rato mirándolas.

—ME PREGUNTO SI SERÁ VERDAD LO QUE SE CUENTA DE ELLOS —dice Sabrina también a voz en grito por el mismo motivo.

—DEPENDE —responde Mary Ann tras dar un rápido sorbo a su combinado.

—¿DE QUÉ? —Inquieren Joanna y Sabrina al unísono.

—PUES DEL TIPO EN CUESTIÓN. POR NORMA GENERAL SUELEN ESTAR BASTANTE BIEN DOTADOS, PERO COMO DIGO, HAY DE TODO.

—¡OH, VAYA! ¿Y CÓMO SABES TÚ TANTO DE TODO ESO? —
Pregunta Sabrina movida por una curiosidad más que morbosa, para luego lanzar una potente risotada y agregar en tono de chanza—: DISCULPA, CARIÑO. OLVIDÉ CON QUIÉN ESTOY HABLANDO.

—NO PASA NADA, BOMBÓN —Mary Ann sonrío dulcemente a su amiga y luego centra su atención en el guapo Adonis de piel oscura como el ébano.

Luego y sin dejar de sonreír, agrega lo siguiente a modo de pregunta

dirigida a sus dos compañeras:

—¿QUÉ OS PARECE ESE HOMBRETÓN PARA INICIAR NUESTRA OPERACIÓN PONER CELOSO A ROBERTO?

—¡PUES QUE NO ERES TONTA! —Exclama Joanna riendo con ganas. A lo que Sabrina agrega en el mismo tono jocoso y cargado de evidente y sana picardía:

—¡ESO SIN CONTAR CON TU EXCELENTE BUEN GUSTO EN LO QUE A HOMBRES SE REFIERE!

—PUES NO SE HABLE MÁS —dictamina Mary Ann, apurando de un trago el contenido de su copa y echando a andar sin más dilación hacia el centro de la pista de baile, donde se halla el guapo caballero de piel oscura.

El tipo en cuestión dice llamarse Abdoul y ser de origen magrebí. Resulta ser un importante hombre de negocios de su país y estar en los Estados Unidos a fin de firmar un importante acuerdo para su empresa.

Es algo más joven que nuestra protagonista, unos cuarenta años, pero el tema de la edad es algo que nunca ha frenado a Mary Ann a la hora de establecer relaciones con ningún hombre.

—¡ME GUSTAS MUCHO, ABDOUL! ¡Y POR CÓMO MIRAS MIS PECHOS, CREO QUE YO A TI TAMBIÉN!

—¡ME GUSTAN LOS PECHOS GRANDES! —Mientras habla, las enormes manazas del magrebí se posan sobre los formidables senos de Mary Ann y comienza a acariciarlos de forma firme pero suave al tiempo, provocando que nuestra protagonista deje escapar un leve gemido de placer y

susurre para sí en tono cargado de evidente deseo al tiempo que comienza a refregar su madura, exuberante y deseable anatomía contra el musculoso corpachón del guapo empresario de origen africano.

—MMM... QUÉ MANOS TAN DELICIOSAS, CARIÑO... ESTOY DESEANDO LLEVARTE A LA CAMA Y HACERTE EL AMOR DE MANERAS QUE NUNCA HUBIERAS IMAGINADO...

Mientras tanto, en la zona donde se ubican los sillones del local, las amigas de nuestra protagonista se lo pasan en grande viendo como Mary Ann parece gozar de lo lindo bailando con el negro Abdoul.

—¡QUÉ SUERTE TIENE LA CABRONA! —Exclama Joanna sin poder apartar la mirada de su amiga.

—¡DÉJALA QUE DISFRUTE! —Replica Sabrina en tono alegre—. ¡SI ALGUIEN SE LO MERECE, ESA ES MARY ANN!

—EN ESO TIENES TODA LA RAZÓN. ¿BRINDAMOS POR ELLA?

—¡CLARO QUE SÍ!

Y ahí quedan tres buenas amigas disfrutando de la madrugada del Sábado al Domingo, bebiendo, bailando y pasándolo en grande.

-

-

-

-

-

-
-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 4º

DOMINGO DE RESACA

Son las nueve y diez del Domingo, cuando Mary Ann despierta en su cama con un terrible dolor de cabeza y la boca reseca por completo. Eso sin contar que está medio desnuda, cubierta tan solo con un sugerente salto de cama y un tanga de estampado de leopardo colgando de un pie.

—¡Oh, Diosss, mi cabeza! —Gime la madura pero guapa empresaria mientras se incorpora en el lecho y mira a su alrededor en busca de algo, o de alguien—. Ya no tengo edad para salir de fiesta hasta las tantas de la noche. ¡Ufff, no señor!

De repente, un ruido procedente de la cocina le hace girar la cabeza hacia dicho lugar con expresión sobresaltada.

—¿¡QUIÉN ANDA AHÍ!? —Exclama Mary Ann, mientras cubre con las costosas sábanas de seda su hermosa semidesnudez

—¡ESTOY PREPARANDO ALGO DE DESAYUNAR! —Le llega desde la cocina una voz de hombre que en un principio no reconoce.

—¿¡A-ABDOUL...!? —Inquiere por fin al cabo de unos segundos, al identificar la voz del guapo empresario de origen africano con el que estuvo bailando la noche pasada en la discoteca. Bailando y, por lo visto, algo más.

En efecto, para alivio de nuestra protagonista, es el guapo magrebí Abdoul quien poco después se asoma a la puerta de su habitación portando en sus manos una bandeja repleta de manjares a cual más delicioso.

—¿H-has dormido aquí? —Inquiere Mary Ann en tono vacilante y sin poder apartar su verde mirada de los poderosos músculos pectorales del africano, pues éste va vestido tan solo con unos shorts tan ajustados, que poco o nada dejan a la imaginación de nuestra bella y exitosa empresaria.

—Claro. ¿Ya no te acuerdas?

—¿H-hicimos algo?

—No. Lo intentamos durante un buen rato, pero habías bebido tanto, que te quedaste dormida antes de poder hacer nada.

—¡Oh, Santo Cielo! Debiste quedar muy decepcionado conmigo — Mary Ann se cubre el rostro con las manos, pero luego las aparta para estirar una de ellas y poder acariciar el velludo y hercúleo torso de Abdoul, que ríe con ganas y exclama:

—¡Será mejor que te tomes el café, te irá bien contra la resaca!

Ese mismo día, algo más tarde después de hacer el amor con su nuevo amigo y de desayunar todo lo preparado por Abdoul, Mary Ann Collins toma una cerveza junto a Sabrina Maggenti en una terraza cercana a su edificio de apartamentos.

Beben y hablan de lo ocurrido la noche anterior en la discoteca y hace unas horas en casa de nuestra protagonista.

—Dios, Sabrina. No solo la tiene grandiosa, sino que además sabe usarla. Y no solo eso, también sabe cómo usar la lengua y las manos —dice Mary Ann, llegando a poner los ojos en blanco al recordar lo bien que lo ha pasado retozando con el apuesto empresario de origen magrebí.

—Vaya, parece que hemos encontrado el candidato ideal para dar celos al pintor —dice Sabrina a modo de chanza.

—No creo —replica Mary Ann muy seria y al tiempo que da un rápido sorbo al contenido de su vaso.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué? —Sabrina alza ambas cejas en un claro gesto de sorpresa y estupor.

—El muy cabrón está casado.

—Ya... ¿Y? Lo necesitamos a él, no a su mujer.

—Pues que quiere mucho a su esposa. Que yo para él fui solo..., ya sabes...

—Ya... ¿Una canita al aire?

—Eso me temo.

—Oh, vaya... Pero en la cama bien, ¿no?

—Bufff, ni te lo imaginas, chica. ¡Ni te lo imaginas! Además, si lo piensas bien, yo no soy mejor que él en cierto modo.

—¿Por qué dices eso? Ah, vale.

—Pues eso, amiga mía.

—¿Entonces, qué? ¿Te rindes?

—¡Ni hablar! ¡El pintor será mío cueste lo que cueste!

—¡Esa es mi chica!

—Pero no te imaginas lo que bien que se movía Abdoul en la cama. O eso o que una ya tiene una edad y no está para según qué posturitas.

—Será eso.

—¿¡Me estás llamando vieja!?

—¡Para nada!

—Ah, vale. ¡Pensaba!

-
-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 5º

REMORDIMIENTOS

Son las siete de la tarde del lunes, 3 de junio de 2019 y nos encontramos en el despacho nuestra protagonista, la madura y guapa empresaria Mary Ann Collins, que acaba de despachar con cajas destempladas a Charles Pelletier después que éste le haya dado una noticia pésima sobre la caída de su empresa en la Bolsa de New York.

Pero Mary Ann está nerviosa y cabreada por algo más.

Es más, Mary Ann Collins está furiosa consigo misma por lo ocurrido la otra noche con Abdoul, el guapo y atractivo empresario africano al que conoció en la discoteca y con el cual mantuviese algo más que palabras.

—¡Mierda! ¿Qué coño estás haciendo, Mary? —Se dice a sí misma

mientras se alza de su asiento y pasea por el enorme despacho como si fuera una leona enjaulada.

De repente se detiene ante el enorme ventanal y queda mirando hacia la calle, hacia Central Park, pues dicho lugar se divisa desde el rascacielos donde se ubican las oficinas de su negocio.

Poco después, deja escapar un suspiro y dice en voz alta y en tono de evidente reproche para sí misma:

—Si te gustase Roberto tanto como aseguras, le echarías valor al asunto y se lo dirías a la cara en vez de jugar al tonto juego de los celos. ¡O al menos te pasearías por delante de él con un hombre cogido del brazo! —Esta última ocurrencia le hace sonreír, aunque es una sonrisa carente de humor, todo hay que decirlo.

Esa noche, a eso de las doce y mientras intenta conciliar el sueño sin lograrlo, Mary Ann Collins sigue dándole vueltas al asunto.

—¿Qué hago, maldita sea, qué hago? —Se pregunta nuestra heroína sin dejar de dar vueltas en la cama—. ¿Sigo adelante con el plan de los celos? ¿O me armo de valor y le digo a Roberto lo que siento por él? —En este punto del soliloquio, Mary Ann se incorpora de golpe en su lecho y exclama en tono decidido y feroz—. ¡No, eso jamás! ¡No estoy dispuesta a que me rechace de nuevo ese pintorzuelo de tres al cuarto!

Pero luego rompe a llorar y exclama entre gemidos e hipidos de impotencia:

—¿A quién quieres engañar, Mary Ann? ¡Te mueres por ese pintor de pacotilla! ¡Por estar con él y notar sus manos recorriendo tu cuerpo de arriba

abajo y por besar sus dulces y sensuales labios!

Y las horas pasan y Mary Ann Collins sigue sin poder conciliar el sueño y sin poder llegar a un acuerdo consigo misma sobre qué hacer con respecto a su amado Roberto Osuna.

Ya está casi amaneciendo, cuando por fin el sopor la vence, y nuestra protagonista cae rendida en los cálidos y amorosos brazos de Morfeo. Lo hace además susurrando el nombre de su adorado pintor, e imaginando que sus talentosas manos recorren de arriba abajo sus maduras y exuberantes formas femeninas.

—MMM... ESO ES, MI DULCE ROBERTO, ACARICÍAME Y HAZME TUYA DE UNA MALDITA VEZ, PUES SÉ QUE AMBOS LO DESEAMOS —susurra Mary Ann en sueños poco antes de que suene la alarma de su Smartphone, haciendo que se incorpore de golpe en la cama.

Luego, mientras se viste y se asea con los ojos medios cerrados por el sueño, su mente sigue discurrendo sobre el mejor modo de conquistar al apuesto y orgulloso pintor de Central Park.

Y por fin llega a la oficina, dispuesta a afrontar una nueva y aburrida jornada laboral asistiendo a juntas de accionistas y recibiendo a una nueva tanda de proveedores y algún que otro representante sindical.

Uno de los proveedores que la visitan es precisamente su nueva mejor amiga Sabrina Maggenti, que ríe abiertamente al verla con las gafas de Sol puestas dentro del despacho a causa de las tremendas ojeras provocadas por la falta de sueño.

—¡Vuelve a reírte, y te tiro esta taza a la cabeza! —Amenaza Mary

Ann a su compañera de correrías nocturnas antes de rodear su mesa escritorio y abrazar a Sabrina en un gesto cargado de cariño por demás sincero.

—Yo me hubiera quedado en casa —dice Sabrina en tono de amistoso reproche, pues lo cierto es que el aspecto de nuestra protagonista es de lo más lamentable.

-Ya. Pero yo tengo una empresa que dirigir.

-Por eso precisamente, cariño. Eres tu propia Jefa, te puedes permitir de vez en cuando algún capricho.

-Ah... Pues también es verdad.

-¿Me invitas a comer y hablamos mientras de nuestro plan para que conquistes al pintor de Central Park? —Ofrece Sabrina dedicando a Mary Ann una sonrisa cargada de evidente complicidad.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 6°

TRACY Y ROBERTO

Siete menos veinte de la tarde del Jueves, 6 de Junio de 2019. Después de hacer el amor con su amiga Tracy la prostituta, Roberto Osuna se viste y se sienta en la cama donde aún permanece tendida la guapa meretriz.

—¿Qué te pasa, mi amor? Hoy has estado muy callado mientras lo hacíamos.

—Bueno... Tampoco creo yo que sea menester que te cuente mi vida mientras lo hacemos; que yo sepa, tú y yo solo somos fulana y cliente.

—¡Eso es muy cruel y lo sabes, Roberto! ¡Sabes que para mí eres mucho más que un simple cliente!

—Ya lo sé. Perdona, por favor; llevo unos días que no sé lo que me digo. A decir verdad, esto que tenemos tú y yo es lo más real que voy a tener en la vida en cuanto a relaciones con el sexo opuesto se refiere.

—Vaya... No sé si tomármelo como un halago o como un insulto.

—Tómalo como quieras, pero es la verdad. Y no creas que no te aprecio, Tracy. Es solo que...

—¿Necesitas algo más?

—No sé... Tal vez sea eso, pero tampoco puedo decirlo con seguridad.

—Ya... Yo ya sé lo que a ti te pasa, cariño.

—¿Ah, sí?

—Claro que sí.

—Bien, sorpréndeme con tus dotes de vidente.

—Tú estás coladito por cierta madurita de ojos verdes.

El tenso silencio de Roberto Osuna es respuesta más que suficiente para la joven y bonita profesional del sexo, que lanza una sonora carcajada y pregunta mientras acaricia con gesto dulce y cargado de sincero cariño el taciturno semblante del retratista:

—¿Y por qué no se lo dices, tontín?

—Ya sabes por qué.

—Oh, claro, lo olvidaba Tu tonto y estúpido orgullo de macho latino te lo impide.

—Es más que eso, y lo sabes... Por si no lo sabías, he oído cosas acerca de Mary Ann Collins.

—¿Ah, sí? —Tracy alza al máximo sus oscuras cejas en un claro y divertido ademán de interés y sorpresa—. ¿Qué clase de cosas?

—Tengo entendido que es una mujer que disfruta jugando con los hombres y manejándolos a su antojo hasta que se cansa de ellos.

—Oh, vaya...

—Eso mismo pensé yo cuando me enteré.

—Eh imagino que tienes miedo de convertirte en una más de sus pobres víctimas. ¿Me equivoco, bombón?

—Pues no, no te equivocas. La vida en el ámbito amoroso me ha dado demasiados palos como para no andarme con ojo. Así que...

—Mi pobre Roberto, tan grandote y varonil, resulta que es un corderillo asustado que teme que una mujer lo utilice y le rompa el corazón — se burla la bonita meretriz mientras masajea los tensos hombros del protagonista masculino de nuestra historia con gesto entre sensual y cariñoso.

—¡Pues yo no le veo maldita la gracia! —Exclama el pintor, apretando con rabia ambos puños y al tiempo que se revuelve para apartar de su espalda a su amiga, que harta de sus desplantes y malas maneras, agarra la camisa del hombre, que éste aún no se ha puesto, y se las arroja a la cara mientras le espeta entre furiosa y dolida:

—¡Pues que te jodan, Roberto Osuna! Si no sabes aguantar una broma, será mejor que te vistas y te largues a tu buhardilla a llorar tus penas.

—L-lo siento, mierda... Y-yo, lo siento...

Pero es tarde para disculpas y Tracy ha optado por no dar su brazo a torcer. Así que lo único que puede hacer Roberto es terminar de vestirse y abandonar la pensión de modo por demás apresurado para regresar a su oscura y húmeda buhardilla de tamaño diminuto a seguir repasando sus últimas obras.

Sabe que, tarde o temprano, a Tracy se le pasará el enfado, pero aun así le duele haber reñido con ella porque es cierto que es su relación más

sólida con el sexo opuesto.

Está a punto de llegar al viejo edificio donde se ubica su camaranchón, cuando oye una voz que le hace dibujar en su semblante la más tonta de las sonrisas.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-
-
-
-
-

CAPÍTULO 7º

NUEVO CARA A CARA

—H-hola, Roberto —saluda Mary Ann con voz trémula por el intenso cúmulo de sensaciones que en estos momentos recorren todo su cuerpo al tener ante ella al hombre de sus sueños—. ¿Cómo estás?

Roberto Osuna por otro lado, se arma de valor y logra responder imprimiendo a su voz un tono de estudiada aunque por otro lado falsa indiferencia.

—Bien, aquí. Vengo de ver a una amiga. ¿Y tú?

—¿U-una amiga?

—Sí. Una amiga muy especial.

—Ya, bueno... —Mary Ann Collins se encoge de hombros y se dispone a seguir su camino, cuando nota cómo la agarran del brazo y la obligan a detenerse.

—Espera, Mary Ann —pide Roberto, para de inmediato quedar

callado como si no supiera qué más decir.

—¿Sí? —Replica Mary Ann en un tono de voz tal vez demasiado frío y distante.

—Creo que tal vez sería bueno que hablásemos —logra decir Roberto al cabo de unos instantes y tras haber soltado el brazo de la mujer.

—¿Ah, sí? ¿Hablar de qué? —Replica nuestra protagonista con voz gélida y cortante—. ¿Sobre tu amiga especial tal vez?

—Por favor, Mary Ann —casi suplica el pintor mientras da un paso hacia la madura y bella mujer, que recula hacia atrás y le dice en tono dolido:

—No sé, Roberto. Tal vez sea mejor que no nos volvamos a ver.

—E-espera un momento... ¿Hablas en serio? Dime por favor, que no hablas en serio, Mary Ann.

—Bueno... Tú ya tienes a tu amiga especial, y yo... Bueno, tampoco estoy en obligación de contarte qué hago o dejo de hacer con mi vida.

—Pues bien, si es eso lo de verdad quieres, no soy nadie para hacerte cambiar de opinión —replica Roberto en tono dolido y resignado al tiempo.

—No, no lo eres. Así que adiós, Roberto Osuna. Espero que te vaya bien en la vida y que seas muy feliz.

—Claro, te deseo lo mismo.

Dicho esto, Mary Ann echa de nuevo a andar rumbo a su casa con paso firme y decidido y sin mirar atrás. Aunque lo cierto es que se muere por

hacerlo, por girar la cabeza y lanzar una última mirada al hombre de sus sueños.

—¡No, Mary Ann, has de ser fuerte y olvidarte de él! —Se reprende a sí misma en tanto aprieta el paso para salir cuanto antes del campo de visión del atractivo y apuesto pintor de retratos.

Y por fin, nuestra protagonista llega a su lujoso loft y se sienta ante su enorme y costoso SmartTV de última generación, dispuesta a ver algo que la haga olvidar la estupidez que acaba de cometer.

—¡Idiota, idiota, idiota! —Masculla rabiosa para sí mientras arroja al suelo el bol lleno de palomitas de maíz que había preparado para comer mientras veía la televisión—. ¡Eres una perfecta idiota, Mary Ann Collins! ¡Ahora sí que la has jodido pero bien!

Furiosa como está, se alza del cómodo sillón y comienza a deambular por su lujosa sala de estar arreando violentas patadas a los muebles y al bol caído en el suelo.

—Si fueras tan lista como te crees, ahora mismo irías a buscarlo y a decirlo todo lo que sientes por él. Pero no, no harás eso porque si lo haces tu fama de mujer fatal y de devora hombres se verá resentida de por vida. ¡Y eso es algo que la gran Mary Ann Collins no puede permitir!

Está casi a punto de romper a llorar de impotencia, cuando suena su móvil.

Es Abdoul el magrebí que le informa que se halla por la zona y le apetece verla y, si surge, volver a intimar con ella. Al menos intentarlo.

No es que Mary Ann se lo piense demasiado, está tan dolida consigo misma y necesita tan desesperadamente hacer algo nuevo que la ayude a olvidar que...

Así pues, nuestra heroína accede a quedar con el atractivo empresario magrebí para comer con él en un lujoso pero discreto restaurante de la zona.

Tras la comida, lo invita a subir a su apartamento. Y una vez allí, después de entonarse con un excelente vino italiano...

—¡DIOSSS! ¡ES TAN GRANDE Y TAN DURA! —Jadea Mary Ann mientras acaricia con ambas manos el poderoso miembro viril del guapo empresario africano, dando paso a lo que será una placentera sesión de sexo.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 8º

NUEVA REUNIÓN DE AMIGAS

Siete de la tarde del Miércoles, 12 de Junio de 2019 y nuestra bella protagonista y sus dos mejores amigas han decidido reunirse de nuevo para hablar de sus cosas.

Han quedado en casa de Sabrina, y en estos momentos la guapa proveedora de productos químicos para tratamientos de belleza sirve a sus compañeras un delicioso vino siciliano, la tierra de sus ancestros.

Una vez hecho esto, tanto ella como Joanna quedan mirando fijamente a Mary Ann durante unos segundos, hasta que nuestra heroína salta en tono claramente molesto:

—¿Se puede saber por qué me miráis de ese modo vosotras dos? ¿Acaso tengo monos en la cara?

—No, no los tienes —responde Joanna Maize sin dejar de sonreír y mirando luego a Sabrina como pidiéndole permiso para seguir hablando.

—¿Entonces? —Insiste Mary Ann en tono impaciente.

—Pues que alguien te vio el otro día comiendo en cierto restaurante en muy buena compañía —habla ahora la anfitriona de la reunión, guiñando un ojo a nuestra protagonista, que lanza un bufido cargado de pura exasperación y exclama poniéndose claramente a la defensiva:

—¡Sí, quedé con Abdoul a comer, y luego me lo tiré! ¿Pasa algo?

¿Tenéis algo que objetar?

—No, chica. Tranquila; no hace falta que te pongas de ese modo — ahora es el turno de Joanna de mostrar cierto malestar por la mala contestación de su amiga.

—Lo siento, chicas —dice entonces Mary Ann en tono sinceramente avergonzado para luego agregar con voz casi suplicante—: Espero me perdonéis, pero lo cierto es que de un tiempo a esta parte no soy yo misma.

—Ya. Desde que decidiste olvidarte del pintor —dice Sabrina con el ceño fuertemente fruncido en claro gesto de preocupación por su compañera.

—¿Creéis que hice mal?

—Bueno... Si te guías por el mal humor que tienes desde entonces — dice Joanna encogiéndose de hombros.

—Un humor que no parece mejorar por mucho que te beneficies al mejor semental de todos los tiempos —agrega Sabrina en cariñoso tono de reproche.

—Lo sé, chicas, lo sé —replica Mary Ann con voz quejumbrosa—. Pero, ¿qué queréis que haga si lo amo con locura y no puedo sacármelo de la cabeza por más que lo intento? ¿Eh, qué queréis que haga?

—Muy bien, cielo. Vamos a replantear la situación —habla Sabrina tras meditarlo detenidamente durante unos segundos.

—Eso —la secunda Joanna, para luego añadir al tiempo que palmotea alegremente como una niña pequeña—: Ya verás cómo entre las tres

encontramos una solución y tú, Mary Ann Collins o conquistas el corazón del pintor, o te olvidas de él de una vez y para siempre.

—Mmm... Miedo me dais vosotras dos —dice Mary Ann, llevándose ambas manos a la cabeza en un ademán por demás teatral.

—Muy bien. ¿Cuál es el primer paso? ¿Seguimos con el plan de los celos o pasamos a algo más efectivo? —Propone Sabrina mientras toma su copa de vino y le da un buen sorbo.

—Algo más efectivo... ¿Cómo qué? —Replica Joanna, imitando el gesto de su amiga con su copa de vino siciliano.

—¿Y si vamos nosotras a hablar con él? —Vuelve a proponer Sabrina Maggenti, dibujando en su bello semblante una sonrisa de lo más pícaro y maliciosa.

—¡Nooo! ¡Si hacéis eso, os mato a las dos! —Masculla Mary Ann fulminando a sus dos compañeras con la mirada.

—Tranquila, cariño —se apresura a replicar Joanna en sincero pero al tiempo divertido tono de disculpa—. Tan solo estábamos bromeando.

—Bien, pues entonces volvemos al punto de partida —musita Sabrina con voz desolada y sombría.

—Sigo pensando que Mary Ann debería coger el toro por los cuernos, y sincerarse con el pintor —dice Joanna en tono firme y decidido.

—Ya os he dicho que es un poco tarde para eso —dice Mary Ann dando paso a un meditabundo silencio entre las tres amigas.

—Entonces, lo dicho. Estamos de nuevo como al principio —expresa Sabrina Maggenti pasados unos segundos.

—O tal vez no —dice Joanna haciendo que tanto Mary como Sabrina se le queden mirando con expresión expectante.

-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 9º

TRACY Y MARY ANN

Sábado, 15 de Junio de 2019. Cuando son las siete y cuarto de la tarde y nos encontramos a las puertas del Zoológico de Central Park, donde se han dado cita dos mujeres. Una de ellas es nuestra protagonista, la exitosa y bella empresaria de productos de cosmética y belleza femeninos, Mary Ann Collins; la otra es la joven prostituta conocida simple y llanamente como Tracy. Han quedado para hablar sobre un hombre que les interesa a ambas por igual. Se trata, como ya habréis adivinado, del pintor de retratos Roberto Osuna.

—Vaya, así que tú eres la furcia que le tiene sorbido el seso a mi amigo —espeta Tracy de modo por demás virulento, al tiempo que escupe el chicle que lleva en la boca a los pies de nuestra protagonista.

—¿Te ha hablado de mí? —Replica Mary Ann, logrando a duras penas controlar sus ganas de abofetear a la meretriz por sus malos modales.

—¡Ja! ¡Más quisieras tú! Gracias a mis cuidados y mi cariño, estoy haciendo que se olvide de ti, y en poco tiempo tú no serás más que un triste recuerdo.

—No lo creo.

—Pues deberías. Dentro de muy poco, Roberto y yo nos largaremos de esta ciudad, y no lo volverás a ver en tu jodida vida.

—¡Mientes! —Masculla la guapa empresaria, apretando ambos puños en un desesperado intento por controlarse y no saltar sobre Tracy y arrancarle a tirones los tintados cabellos.

—¿Ah, sí? —Replica burlona Tracy mientras saca de su bolso su móvil y lo tiende a Mary Ann agregando en el mismo tono socarrón—: Toma, llámalo y pregúntale a él.

—¡E-es mentira! ¡Es una sucia mentira! —Farfulla Mary Ann Collins sin poder contener las lágrimas que pugnan con fuerza por brotar de sus bellos ojos color esmeralda—. ¡Roberto me quiere, jodida fulana de tres al cuarto! ¿ME OYES? ¡ME QUIERE Y NO SE IRÁ CONTIGO A NINGUNA PARTE!

—Tal vez te quiso en algún momento, cariño. Pero se cansó de esperarte —replica Tracy, para luego encogerse de hombros al tiempo que hace una enorme burbuja con el chicle que acaba de echarse a la boca.

—Sí. Me quiso y volveré a quererme. Estoy segura de ello —responde Mary Ann Collins, intentando dar a su voz una seguridad que realmente dista muy lejos de sentir.

—Tú misma, bonita —vemos cómo Tracy se encoge nuevamente de hombros y luego da media vuelta, no sin antes agregar en un tono que nuestra protagonista no acierta a interpretar—: Si de veras lo amas, lucha por él. Nosotras ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos.

Y Mary Ann queda sola a las puertas del Zoológico de Central Park, rumiando con calma las palabras de la joven prostituta.

Pasados unos minutos, la guapa empresaria echa a andar en dirección contraria al Zoo mientras en su bello rostro se dibuja una enorme sonrisa de satisfacción y de sus labios brotan las siguientes palabras:

—Pronto, muy pronto, querido Roberto Osuna, serás del todo mío. Y entonces sí que nada ni nadie volverá a separarnos.

Una vez en su apartamento, nuestra hermosa protagonista llama a sus amigas Sabrina Maggenti y Joanna Maize para proponerles, como días atrás, una noche de juerga y desenfreno por todo lo alto.

Esta noche el sitio escogido es una discomóvil montada para personas de cierta edad, y en la cual los años mínimos para poder acceder supera con creces los treinta años, algo que las tres amigas superan ampliamente.

Esta madrugada, no obstante, las tres hacen una especie de juramento por el cual se comprometen a no irse con ningún hombre y dedicar la velada tan solo a pasarlo en grande bebiendo y bailando hasta caer rendidas.

Huelga decir que las tres cumplen con la promesa y lo pasan bomba bebiendo, riendo y bailando hasta bien entrada la madrugada y por fin, cuando son más de las cinco de la mañana, salen de la discomóvil y se despiden con gran efusividad quedando tan solo a las puertas del lugar Mary Ann y Sabrina una vez Joanna se ha marchado.

—¿Has tomado ya alguna decisión sobre ya sabes qué? —Pregunta Sabrina casi a bocajarro una vez ella y nuestra protagonista quedan a solas.

—Voy a ir a por todas —responde Mary Ann sin dudarle un instante y dibujando en su lindo rostro una sonrisa cargada de triunfo.

-

-

-

-

-

-

-
-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 10º

¡VOYA POR TI, ROBERTO OSUNA!

Siete y diez de la tarde del Martes, 18 de Junio de 2019. Nos encontramos en el lujoso despacho de nuestra protagonista, donde en estos momentos Mary Ann Collins abre una botella de champán francés de cincuenta mil dólares y llena tres copas.

Una es para ella y las otras dos para sus mejores amigas, Joanna Maize y Sabrina Maggenti, que sonrían y le siguen la corriente sin ocultar la dicha que les supone a ambas ver a su compañera tan feliz y animada.

—¿Por qué brindamos? —Pregunta Sabrina mientras acaricia con la yema de su índice derecho el borde de su copa.

—¿Por qué crees tú, querida Sabrina? —Replica a su vez su anfitriona,

dibujando en su bello semblante una pícaro sonrisa.

—Eso, ¿por qué brindamos? —Pregunta asimismo Joanna, mirando fijamente a su amiga y compañera desde la infancia que las mira a ambas y luego replica en tono entre divertido y misterioso:

—¿De veras no lo imagináis, chicas?

—¿Tiene que ver con cierto pintor de Central Park? —Tantea Sabrina mientras frunce con fuerza el entrecejo.

—¡Premio para la señorita! —Exclama Mary Ann Collins para luego, y de un solo trago, beberse todo el contenido de su copa de champán.

—¿Estás completamente segura de ello, cariño? —Pregunta la guapa mujer de origen italiano`.

—Nunca he estado más segura de nada en toda mi vida, querida Sabrina —responde Mary Ann con todo el aplomo y la seguridad del Mundo.

—Muy bien, pues. En ese caso, no hay nada más que añadir —dice Sabrina encogiéndose de hombros con gesto claramente resignado.

Luego, no obstante, agrega la siguiente mientras se acerca a nuestra protagonista y se funde con ella en un efusivo abrazo:

—Pero recuerda que si la cosa no sale como esperabas, nosotras estaremos siempre a tu lado para reconfortarte.

—Gracias, chicas. Pero estoy convencida de que esta vez lo lograré, y de una vez por todas Roberto será por fin mío.

Esa misma noche, sobre las once y media, Mary Ann se encuentra en su apartamento rumiando su estrategia para conquistar a su amado.

—Mmm... Tal vez sea buena idea eso de convertirme en su mecenas anónimo —murmura para sí mientras da un sorbo a su vaso de cerveza de importación alemana, degustando con claro deleite su amargo sabor—. Pero ¿cómo lo hago? —Se pregunta luego nuestra heroína frunciendo el ceño con gesto pensativo.

Poco después, Mary Ann mira la hora en su Smartphone de última generación.

—Bufff, qué tarde es ya —dice mientras apura de un trago su cerveza y se alza casi de un salto del cómodo sillón, dispuesta a marchar por fin a la cama a intentar dormir mientras sigue cavilando el mejor modo de conquistar el amor de Roberto Osuna.

Son las seis de la mañana, y nuestra bella y exitosa empresaria sigue durmiendo plácidamente en su cama.

Vemos como sus sensuales labios se curvan en una amplia sonrisa de satisfacción mientras susurra lo siguiente en sueños:

—MMM... ESO ES, AMADO ROBERTO. ME ENCANTA SENTIR TUS MANOS RECORRIENDO MI CUERPO... Y TUS LABIOS BESANDO LOS MÍOS ASÍ COMO TÚ SABES.

Justo en ese instante suena la alarma de su Smartphone, y nuestra protagonista despierta y rompe a reír con nerviosismo y excitación más que evidente al recordar el sueño erótico que acaba de tener.

Con gran parsimonia, pues no le corre prisa ninguna en llegar a la oficina, se ducha, acariciando con suavidad su maduro pero aún apetecible cuerpo mientras susurra para sus adentros en tono cargado de deseo y voluptuosidad:

—PRONTO ESTAREMOS JUNTOS, MI ADORADO PINTOR. Y HAREMOS EL AMOR HASTA CAER DESFALLECIDOS Y DORMIREMOS ABRAZADOS SIN QUE NADA NI NADIE LOGRE SEPARARNOS NUNCA JAMÁS.

Aún conserva la sonrisa cuando llega por fin al despacho, dispuesta a afrontar una nueva e intensa jornada laboral.

FIN 2ª PARTE

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

3ª PARTE

ACERCAMIENTO

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-

-
-

CAPÍTULO 1º

UN DÍA DE PERROS

Son las siete y diez de la tarde del Viernes, 21 de Junio de 2019 y el día está resultando de lo más nefasto para nuestra protagonista.

Empezó por la mañana, cuando llegó a la empresa y se encontró con un Inspector Fiscal que le conminaba, de formas muy poco amables todo hay que decirlo, a mostrarle las cuentas del negocio porque, según rumores, alguien de su entorno había cometido varios delitos monetarios por un valor estimado de más de cien millones de dólares al desviar dicha cantidad a varios paraísos fiscales tales como Andorra o Belice.

No tardó en descubrir al presunto culpable. Y aunque se lo esperaba de alguien como él, no por eso el golpe fue menos duro y doloroso.

—Maldito Pelletier —masculla Mary Ann con rabia una vez el Inspector de Hacienda se ha marchado y ella queda a solas en su despacho.

Pero las desgracias del día no acaban ahí, ya que horas más tarde cuando se dirige a su casa cruzando por Central Park con la intención de ver a Roberto y de aclarar las cosas con él, recibe una terrible noticia: Al parecer, durante la noche, una pandilla de gamberros atacó al pintor para robarle sus escasas pertenencias y lo dejaron lo bastante malherido como para tener que ingresarlo en el hospital.

—¡Esto no puede estar pasando! —Gime nuestra guapa empresaria mientras se dirige con paso vacilante hacia la entrada de su edificio de apartamentos.

Tan absorta se halla en sus sombríos pensamientos, que el simpático portero de la finca ha de repetir su saludo hasta tres veces para que Mary Ann

se dé cuenta de su presencia y le devuelva el gesto.

—Perdona, Ralph. Ha sido un día horrible y no sé ni dónde tengo la cabeza —se disculpa nuestra protagonista dedicando al portero una amistosa y cordial sonrisa, que el hombre responde con otra de lo más profesional antes de replicar por pura cortesía profesional, aunque no por ello menos sincera:

—Vaya, lo siento mucho, señorita Collins. Si puedo hacer algo por usted.

Mary Ann queda pensativa durante unos instantes y luego, en un susurro casi confidencial y cargado de malicia, agrega:

—Tal vez si me consigues algo fuerte para beber...

—Sabe que no me está permitido, señorita Collins —responde Ralph, fingiendo escandalizarse aunque en sus ojos hay un brillo por demás pícaro y travieso.

Tanto es así, que poco después lo vemos meterse en su garita y salir poco después con una botella de whisky barato y de altísima graduación que muestra a Mary Ann diciendo en tono casi conspirativo:

—Pero da la casualidad que siempre he creído que las normas están para romperse. Y siempre guardo una botella por si viene un amigo mío vagabundo al que le gusta el alpiste una cosa mala.

—Mmm... ¿No tendrás por ahí un par de vasos aunque sean de plástico?

—Si le sirven unas copas de plástico.

—Me sirven.

Así poco después, Mary Ann y Ralph el portero comienzan a beber, aprovechando que el turno de trabajo del hombre ya ha acabado y nadie va a molestarlos hasta la mañana siguiente.

—Pues sí, amigo Ralph. ¡Los hombres sois todos iguales! ¡UNOS JODIDOS CERDOS MACHISTAS QUE VÉIS UN BUEN PAR DE TETAS COMO LAS MÍAS Y PERDÉIS EL OREMUS, SEA LO QUE SEA ESA PALABRA! P-pero, pero cuando una intenta acercarse a vosotros para algo más, salís corriendo como conejos asustados perseguidos por la zorra o el lobo. ¡Y ES QUE EN EL FONDO, AMIGO RALPH, LOS HOMBRES NO SOIS MÁS QUE UNOS MALDITOS COBARDES! —Son casi la cuatro de la madrugada y Mary Ann se encuentra tan borracha, que alterna susurros apenas audibles con voces estentóreas, por lo que Ralph el portero decide dar por terminada la velada y con mucho tiento y cautela se dirige a nuestra protagonista con las siguientes palabras:

—Señorita Collins, creo que hemos bebido demasiado. Tal vez sería buena idea que lo dejásemos ya y nos fuéramos a dormir.

—T-tienes razón, querido Ralph. Pero es que mi vida es tan asquerosa, que de buena gana me quedaría toda la noche contigo bebiendo este whisky tan repugnante —dicho esto, la bella empresaria cae redonda al suelo, por lo que el pobre Ralph se ve en la obligación de tomarla en brazos y llevarla hasta su apartamento, donde la deposita con suavidad sobre su cama para que duerma la mona.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 2º

UNA VISITA AL HOSPITAL

Lo primero que hace Mary Ann Collins una vez se ha recuperado de la horrible curda obtenida gracias a la ingesta del whisky barato conseguido por Ralph el portero es darse una buena ducha, ponerse sus ropas más sencillas pero al tiempo más cómodas y favorecedoras, y salir rumbo al hospital donde, según el Agente de Policía que la atendió en la Comisaría, se encuentra ingresado su adorado pintor de retratos.

Al llegar al hospital es muy amablemente atendida por una joven pero competente y seria Doctora, que es quien se encarga de los cuidados de Roberto.

—¿Está muy grave el señor Osuna, Doctora Shill? —Pregunta nuestra protagonista, leyendo el nombre de la mujer en la placa que ésta lleva prendida en su bata de trabajo.

La joven y bonita Doctora sonrío dulcemente antes de responder en tono por demás tranquilizador pero al tiempo cauto:

—El señor Osuna no corre ningún peligro, señora...

—Señorita, Mary Ann Collins, encantada —nuestra protagonista tiende su mano hacia la Médico, que la acepta y sigue hablando en el mismo tono cauto.

—Como le decía, el señor Osuna no corre ningún peligro. Pero lo mantendremos en observación un par de días más.

—¿Puedo pasar a verlo?

—Claro... ¿Es familia suya?

—No, solo una amiga.

—Ya..., bueno, está bien —la Doctora Jenna Shill se encoge de hombros con gesto resignado y luego hace a Mary Ann un gesto para que la siga hasta la habitación donde se halla ingresado Roberto.

—Gracias, Doctora.

—Sólo cinco minutos. El paciente aún no está del todo recuperado.

Cuando Mary Ann queda a sola por fin con el pintor, lo primero que hace es acercarse a la cama donde éste se encuentra tendido y con los ojos

cerrados.

—¿Roberto? —Pregunta Mary Ann en un tenue susurro—. ¿Estás despierto?

—¿Mmm...? —Roberto Osuna abre los ojos con mucho cuidado y queda mirando el bello rostro de nuestra protagonista.

—H-hola, Roberto. ¿Cómo te encuentras?

—¿Tú qué crees, mujer? ¡Como si me hubieran dado una paliza de padre y muy señor mío! ¡Dios, me duele todo!

—¿Necesitas algo?

—Pues ahora que lo dices...

—¿Sí? ¡Dime, lo que sea!

—Necesito estar solo y que te olvides de mí, Mary Ann.

—¿¡C-cómo!?! —Mary Ann no puede dar crédito a lo que está escuchando—. No hablas en serio. ¡Dime que no hablas en serio!

—Si quieres, te lo pongo por escrito.

—P-pero... ¿Por qué, Roberto? ¿Por qué quieres alejarme de tu vida?

—Digamos que no me gusta ser el juguete de nadie. Y mucho menos de una mujer como tú, que tiene todo aquello que desea sin apenas luchar por ello.

—¿¡D-de veras piensas eso de mí!?

—¿Acaso no es cierto? ¿Acaso no eres la maravillosa Mary Ann Collins, la mujer triunfadora y hecha a sí misma?

—Si me dejases explicarte quién soy realmente...

—Pues me parece que no, no te voy a dejar que me expliques nada. Lo siento. Y ahora, por favor, vete de aquí. Necesito descansar.

—¡Roberto, por el Amor de Dios! —Gime Mary Ann con gran angustia y pesar en su dulce voz.

Pero Roberto Osuna no responde, pues se ha dado la vuelta dándole la espalda y dejándole bien claro que no quiere saber nada más de ella.

—E-está bien —acepta por fin nuestra protagonista con dolorosa resignación antes de salir de la habitación y dejar atrás el hospital.

Una vez queda a solas, Roberto Osuna aprieta los puños y masculla para sí con rabia mal contenida:

—¡Maldito idiota! ¡Esa mujer te quiere de verdad, y tú la estás apartando de tu lado por culpa de tu estúpido orgullo!

En efecto, Roberto Osuna como buen latino, es muy orgulloso, lo cual le impide pensar siquiera en intentar hacer las paces con la mujer de sus sueños.

Por eso, en vez de llamar a alguien para que detenga a Mary Ann, decide quedarse tendido en la cama del hospital, lamentando su mala suerte en la vida en general, y en el amor en particular.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 3º

UN PEQUEÑO DESACUERDO

—Así que ese pintorzuelo de tres al cuarto te ha vuelto a dar calabazas —dice Sabrina Maggenti mientras abraza a Mary Ann con todas sus fuerzas, acariciando al tiempo sus rubios y ondulados cabellos.

—Así es. Yo solo pretendía mostrarle mi apoyo después que unos mal

nacidos le propinasen una brutal paliza. ¡Y el muy cabrón todo lo que hizo fue echarme de la habitación del hospital y decirme que no quería volver a saber nada más de mí!

—¿Y por qué no lo haces así? —Inquiere Joanna Maize, mirando fijamente a su amiga hasta que por fin, Mary Ann replica en un tono bastante hosco y mal encarado al tiempo que cargado de evidente sorpresa y confusión:

—¿Hacer el qué?

—Ya sabes... —Insiste Joanna sin dejar de mirarla con gran intensidad.

—Creo que ya sé lo que Joannie pretende decirte, bombón —interviene entonces la guapa Sabrina Maggenti, al ver que Mary Ann sigue sin captar la idea propuesta por su amiga de la infancia.

Entonces nuestra bella y exitosa empresaria parece por fin comprender, y una leve y ladina sonrisa curva sus labios antes de decir en tono malicioso a más no poder:

—Ya veo por dónde vais, chicas. ¿No quiere que me olvide de él?

—Eso es —dice Sabrina.

—¡Por fin! —Exclama Joanna, para luego ponerse a palmotear alegremente como una niña pequeña.

—¿Me estáis proponiendo que haga caso de Roberto y lo deje estar? ¿Es eso? —Inquiere Mary Ann ampliando su sonrisa al máximo mientras sus dos amigas chocan los cinco en un divertido gesto cargado de camaradería.

Sin embargo, una vez pasada la euforia inicial, nuestra amiga queda callada, frunciendo su ceño en un gesto por demás meditabundo que hace a Sabrina preguntarle lo siguiente:

—¿Se puede saber qué pasa ahora, bombón?

—¡Sí! ¿A qué viene ahora esa cara de circunstancias? —Pregunta también Joanna, clavando sus bellos ojos color marrón en Mary Ann que pasados unos segundos, responde en tono por demás derrotista y sombrío:

—Muy sencillo, chicas: ¿Qué pasará si es eso precisamente lo que Roberto espera de mí? ¿Y si realmente espera que lo deje en paz y no saber nada más de mí?

—Entiendo —Joanna se acerca a su amiga para abrazarla con fuerza con el muy loable fin de consolarla.

Por su parte, Sabrina sonríe y dice más para sí que para sus compañeras:

—No sé yo..., pero algo me dice que no tiene por qué ser de ese modo, querida Mary Ann. Algo me dice que, si juegas bien tus cartas, ese cenutrio del pintor pronto estará comiendo de tu mano como un cachorrillo.

—¿Qué se te ha ocurrido ahora? —En la voz de Mary Ann hay cierto temor al formular esta pregunta.

Un temor que hace sonreír a Sabrina ampliamente antes de responder en tono entre misterioso y malicioso:

—Tranquila, cariño, que no pienso buscar a tu querido Roberto y

obligarlo a quererte a punta de pistola. Ganas no me faltan, pero no soy tan cabrona como para atreverme a tanto.

—Ya, bueno... —replica Mary Ann en un tono de voz que deja bien claro que no termina de fiarse de las palabras de su nueva amiga y compañera de juergas y borracheras.

Tal vez por eso se lleva a la italiana aparte y le hace prometer que no hará nada por acercarse a Roberto, y mucho menos coaccionarlo para que le pida salir ni nada por el estilo.

—¡Júramelo por tu vida, Sabrina Maggenti! —Pide nuestra protagonista de un modo por demás serio y solemne.

—Está bien. ¡Pero tampoco hacía falta ponerse en un plan tan drástico, vamos digo yo! —Refunfuña Sabrina para luego fundirse con Mary Ann en un fraternal y efusivo abrazo de amigas.

—Pues a mí no me parece tan mala la idea de Sabrina —opina Joanna mientras da un sorbo a su vaso de fría cerveza. Lo que le vale una mirada asesina por parte de Mary Ann, que luego se convierte en una nerviosa risotada brotando de labios de la bella protagonista de nuestra historia.

—En serio, chicas. Os lo agradezco en el alma, pero ya soy mayorcita para solucionar mis problemas con los hombres por mi misma —dice Mary Ann mientras toma la botella de cerveza y se vuelve a llenar el vaso hasta el borde

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 4º

LA JUEZA BRANCATTO

Son las once y media en punto de la mañana del Lunes, 1 de Julio de 2019, y nos encontramos en los Juzgados de la ciudad de New York, donde en estos momentos presta declaración nuestra protagonista tras haber sido acusada de fraude fiscal por culpa de los sucios tejemanejes de su hombre de confianza en la empresa de productos de belleza y cosmética que llevan su nombre.

La encargada de tomarle declaración es una mujer de raza negra, ya entrada en años, llamada Madeleine Brancatto.

Según le han contado, se trata de una Jueza de la Vieja Escuela por demás dura e intransigente, que gusta de imponer unas penas y unas multas exorbitantes y que en estos momentos se dirige a Mary Ann en tono por demás hosco y mal encarado.

—¿Cómo se declara?

—Mi clienta, como es lógico, se declara inocente. Creo que hemos probado que el culpable del desfalco en su empresa ha sido el señor Charles Pelletier, Señoría. Y que la señorita Collins no ha tenido nada que ver — responde el Abogado Derek Gagnon, adelantándose a nuestra protagonista a la hora de responder a la pregunta de la Jueza.

—¿Le he preguntado a usted, Letrado? Creo que me dirigía a la señorita Collins —la Jueza Brancatto fulmina al Abogado de nuestra protagonista con la vista y luego clava en Mary Ann una feroz mirada mientras vuelve a formular la pregunta antes mencionada—: ¿Cómo se declara, señorita Collins? —En esta segunda ocasión en un tono de voz algo más suave y comedido.

—Me declaro inocente, Su Señoría.

La Jueza Brancatto frunce con fuerza su oscuro entrecejo y luego vuelve a centrar su mirada en Mary Ann.

—¿Me da su palabra de que no se fugará ni hará ninguna tontería por el estilo mientras dure el proceso por su causa?

—¿¡Por quién ha tomado a mi clienta!?! —Exclama el Abogado de nuestra protagonista, visiblemente enfadado—. ¡La señorita Collins es un miembro respetable de esta comunidad y...! —No termina la frase, ya que a una orden de la Magistrada, dos Alguaciles se acercan a Gagnon por detrás y lo sacan casi arrastras de la Sala de Delitos Fiscales del Tribunal.

—¿Por dónde íbamos? —Madeleine Brancatto parece sufrir un cambio radical una vez el Abogado de Mary Ann Collins ha sido desalojado de la

Sala, y donde hasta unos minutos todo era seriedad y ceño fruncido, ahora es todo sonrisas y amabilidad casi maternal al dirigirse a nuestra heroína—. Ah, sí, ya lo recuerdo.

Poco después, una vez Mary Ann ha declarado bajo juramento que no tiene pensado marcharse de la ciudad en una larga temporada, nuestra protagonista sale de los Juzgados y camina con paso rápido hacia donde la espera su Abogado que, como es lógico, lanza una y mil imprecaciones contra la Jueza.

—Tranquilo, Derek. La Jueza Brancatto solo hacía su trabajo.

—¡Pues esa furcia negra se va a enterar de quiénes son Gagnon y Asociados!

—Ah, no, Derek. Eso sí que no.

—¿¡Cómo!?

—Lo que oyes. Si tú o tu bufete de abogados hace algo, lo que sea, contra la Jueza Brancatto, os podéis despedir de mi empresa y de mí como clientes. ¿Te ha quedado lo bastante claro?

—N-no lo entiendo, Mary Ann, en serio.

—¿No te oigo? ¿Te ha quedado lo suficientemente claro?

—Y-yo... —Vemos cómo el Abogado de Mary Ann Collins se encoge de hombros con gesto resignado y finalmente, en un tenue murmullo apenas audible, responde—: De acuerdo, como tú digas. No haremos nada contra la Jueza Brancatto.

—Eso es, querido Derek —Mary Ann sonríe y luego agrega en tono entre burlón y confidencial, mientras palmea con gesto amistoso las delgadas espaldas de Gagnon—: Tú más que nadie deberías ser consciente de lo importante que es llevarte bien con los jueces, mi querido amigo.

—Er, sí... En eso tienes razón —acepta el Letrado al tiempo que vuelve a encogerse de hombros con ademán condescendiente.

—¿Te apetece almorzar algo? —Ofrece entonces Mary Ann a su Abogado, que no duda un segundo en aceptar, dedicando a la bella y exuberante mujer una enorme sonrisa de agradecimiento mientras la sigue hasta un bar cercano donde, tras pedir algo de comer y de beber, pasan el resto de la mañana hablando de asuntos sin importancia.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-

-

CAPÍTULO 5º

ABDOUL ES UN TIPO INSISTENTE

Once y diez de la mañana del Jueves, 4 de Julio de 2019. Nos encontramos en el despacho de nuestra protagonista principal, donde un equipo de técnicos del Ministerio de Hacienda están en este momento recogiendo todos los ordenadores de la empresa de Mary Ann Collins para

estudiarlos y averiguar el alcance del delito fiscal cometido por el rastrero Charles Pelletier a espaldas de la dueña del negocio.

—¿Podrían tener un poco más de cuidado? —Gime Mary Ann al ver cómo los miembros del equipo de Hacienda tratan los valiosos ordenadores.

—Lo sentimos mucho, señora. Nosotros solo hacemos nuestro trabajo —responde un guapo empleado, mientras desenchufa el que parece ser el último computador con el fin de llevárselo junto con el resto de aparatos recolectados.

Se dispone Mary Ann nuevamente a protestar, cuando suena su móvil.

Es un número desconocido, pero aun así nuestra heroína responde.

—¿Sí? ¿Quién habla?

—¿¡Mary Ann!? ¡Soy yo, Abdoul!

—Oh, vaya... ¿A-Abdoul?

—Sí. ¿Me recuerdas?

—C-claro, Abdoul. Claro que te recuerdo; pero, sinceramente, no esperaba volver a saber de ti.

—Vaya... No suenas muy ilusionada precisamente. ¿Tal vez te pilló en un mal momento? Si es así, lo podemos dejar para más adelante.

Al escuchar esto, Mary Ann se lleva la diestra a la cabeza para frotarse la sien en un gesto entre fatigado y hastiado.

Luego, pasados unos segundos, responde en tono claramente cansado pero cordial al tiempo:

—Perdona, Abdoul, pero hemos tenido problemas graves en la empresa y...

—Algo he oído, sí.

—Vaya... Olvidé lo rápido que vuelan las noticias. Sobre todo las malas.

—Ya... Por eso te repito que si es mal momento.

—No, no. Es más, ahora que lo dices, tal vez sea esto precisamente lo que necesito. Pasar un buen rato con un amigo que me haga olvidar las penas.

—¿Entonces? —La varonil voz del magrebí refleja una dosis más que evidente de esperanza e ilusión. Algo que nuestra protagonista puede notar y la hace sonreír antes de responder en tono claramente condescendiente:

—De acuerdo. Te espero en mi loft dentro de...

—¿Veinte minutos?

—De acuerdo. Nos vemos en veinte minutos.

Y así, veinte minutos más tarde...

—¡Mmm, qué bella eres, Mary Ann Collins! —Casi jadea el guapo empresario de origen africano cuando nuestra madura y exuberante heroína le abre la puerta de su costoso apartamento vestida únicamente con una vaporosa bata, bajo la cual solo lleva puesto un conjunto de lencería de lo más

sugerente.

—¡DÉJATE DE HALAGOS Y HAZME GOZAR COMO SOLO TÚ SABES, MI HERMOSO SEMENTAL AFRICANO! —Exclama Mary Ann al tiempo que agarra al joven empresario magrebí y lo arrastra hasta su dormitorio, dispuesto a disfrutar con él de una intensa y placentera sesión de sexo.

Dos horas más tarde y después de haberlo hecho hasta tres veces seguidas...

—¿Qué coño estamos haciendo, Abdoul? —Inquiere nuestra protagonista en tono por demás hastiado.

—¿A qué te refieres? —Replica Abdoul mientras coloca una mano sobre uno de los hermosos senos de Mary Ann, que le arrea un manotazo y luego responde en tono hosco y casi cabreado:

—¡A esto, joder, a esto! Tú me gustas mucho, Abdoul. ¡Estás como un queso, joder! Pero no eres el hombre al que amo. No lo eres y no lo serás nunca, lo siento.

—¿Sigues pensando en el pintor aquel del Parque? —El guapo magrebí sonrío mostrando sus blancos dientes en un gesto cargado de sincera comprensión.

—Si solo fuera eso —Mary Ann deja escapar un lánguido suspiro mientras se recuesta en el poderoso y oscuro torso de su amante, que ríe divertido y le acaricia con cariño los rubios y cortos cabellos.

—¿Él lo sabe? —Pregunta Abdoul sin apartar su enorme manaza de la

rubia cabeza de Mary Ann Collins, que responde en tono meloso y sensual mientras posa su mano sobre el formidable miembro viril del africano:

—Hazme otra vez el amor y dejemos de hablar del jodido pintor.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-
-
-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 6°

LA SENTENCIA

Son las Once y media de la mañana del Lunes, 8 de Julio de 2019. Después de una investigación en el Ministerio de Hacienda de apenas cuarenta y ocho horas, la Comisión de Delitos Fiscales ya lo tiene todo listo para dictar sentencia en el caso de nuestra protagonista.

Son las doce y cinco de ese mismo día cuando Mary Ann Collins recibe una llamada del Juzgado, citándola ese mismo día para conocer la decisión de la Jueza Brancatto sobre la situación irregular de su empresa.

La acompaña como siempre su Abogado, Derek Gagnon, que en esta ocasión ha dado su palabra de portarse de manera correcta.

—¿Está preparada para conocer el veredicto, señorita Collins?

—Sí, Señoría. Estoy lista para conocerlo.

—Muy bien —la Jueza Brancatto frunce el ceño y se pone las gafas para poder leer con mayor claridad la sentencia—: Mary Ann Collins, este Tribunal la condena a pagar una multa de diez millones de dólares o a cumplir una condena de dos años de cárcel en caso de no poder hacer frente a la deuda antes citada.

—¿¡D-diez millones de d-dólares!?! —Farfulla Derek Gagnon con voz ahogada por la indignación y la furia.

—Tranquilo, Letrado. O ya sabe lo que le puede pasar —aconseja la Magistrada con el ceño aún fuertemente fruncido.

Mary Ann por su parte permanece callada.

Actitud que mantiene hasta que por fin, tanto ella como su Abogado, abandonan la Sala de Tribunal.

En ese momento, y mostrando un estoicismo digno de admiración, deja escapar un leve suspiro y dice en tono claramente resignado:

—Bueno... Tenemos el dinero y podemos pagar la multa. Podría haber sido mucho peor, así que...

—P-pero... ¡Quedarás prácticamente en la ruina, Mary Ann! ¿¡Es que no te das cuenta de eso, maldita sea!?

—Claro que me doy cuenta, querido Derek —responde Mary Ann en tono tranquilo y resignado, aunque con una enorme sonrisa dibujada en su

bello semblante.

—¿¡Y-y te quedas tan tranquila!?! —Casi grita Gagnon, que no puede creer lo que está pasando ni entender la reacción de su clienta ante la dramática situación en que quedarán sus cuentas bancarias después de hacer frente a la multa impuesta por el Tribunal—. ¿¡Acaso has perdido la chaveta!?!?

—Para nada, querido Derek. Al contrario, casi puedo decir que no he sido más dichosa en mi vida.

—E-espera un momento... No hablas en serio. ¡Dime que no hablas en serio, por el Amor de Dios, Mary Ann!

—Nunca he hablado más en serio en toda mi vida.

—¡Ay, Dios! ¡Que sí que habla en serio!

—Completamente, ya te lo digo yo.

—¡Esto no me puede estar pasando a mí!

—¿Quieres hacer el puñetero favor de relajarte dejar de quejarte, Derek? La que lo ha perdido casi todo soy yo, no tú.

—Ya..., eso es cierto, pero...

—¿Pero qué? ¿No entiendes cómo puedo estar tan tranquila después de haberme quedado prácticamente en la ruina?

—Eso es, Mary Ann. Me has quitado las palabras de la boca.

—Bueno... Considero que hay cosas mucho más importantes que el

dinero y una buena posición social, querido Derek.

—¿¡Ah, sí!? ¿Cómo cuáles, a ver?

—Tener a tu alrededor a la gente que quieres y te quiere, por ejemplo —responde Mary Ann dando a su dulce voz un tono de lo más ensoñador y romántico.

—Ah, claro —se burla Gagnon con una sonrisa de lo más socarrona dibujada en los labios antes de agregar en el mismo tono de chanza—: ¿Y seguro que tus grandes amigos estarán dispuestos a acogerte en sus casas cuando te veas en la más completa ruina, querida Mary Ann?

—Ten más fe en la humanidad, querido Derek. Serás mucho más feliz, ya lo verás —replica nuestra protagonista antes de correr hacia el borde de la acera con el fin de parar un taxi que la lleve de vuelta a su apartamento, dejando a su Abogado con la palabra en la boca y cara de estupor plantado a las puertas de los Juzgados de la Gran Ciudad de New York.

-
-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 7º

UNA MUJER AFORTUNADA

—Por todos los Santos, Mary Ann. ¡Eso que nos cuentas es algo realmente horrible, espantoso! —Exclama Sabrina Maggenti después de escuchar a nuestra protagonista explicarles todo el asunto de la malversación de fondos perpetrada por Pelletier a sus espaldas, y la consiguiente multa multimillonaria impuesta por el Tribunal de Hacienda.

—Sí, como dice Sabrina, es algo realmente horrible, cariño. Y no entiendo cómo puedes estar tan tranquila después de saber que vas a quedar prácticamente en la ruina —dice también Joanna Maize, mientras se acerca a Mary Ann para fundirse con ella en un cálido y fraternal abrazo de amigas.

Mary Ann Collins se aparta de la que durante más de cuarenta años ha

sido su mejor amiga y compañera para mirarla fijamente a la cara mientras le dice con gran dulzura y cariño en la voz:

—Cielo, puede que no tenga dinero y que lo más seguro es que deba vender lo que quede de mi empresa para seguir adelante y empezar de nuevo. Pero mientras os tenga a vosotras dos sé que me puedo considerar la mujer más afortunada del Mundo; porque sé que, por mal que se pongan las cosas en mi vida, vosotras estaréis siempre a mi lado, pase lo que pase.

—¡Siempre juntas, como las tres mosqueteras! —Exclama Sabrina, alzando al aire su vaso de cubata.

—¡Juntas por y para siempre, chicas! —Clama también Mary Ann, al tiempo que entrechoca su bebida con las de sus amigas.

Poco después, Joanna lanza a nuestra protagonista la siguiente cuestión con una seriedad que hace sonreír a Mary Ann.

—¿Qué hay del pintor?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes. ¿Piensas seguir adelante con tus planes de conquista ahora que estás casi en la ruina?

—Bueno... Digamos que, en cierto modo, eso me beneficia en ese sentido. ¿No, chicas? —Mary Ann mira primero a Joanna y luego a Sabrina mientras dice esto.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? —Replica Sabrina, enarcando al máximo sus oscuras y bien perfiladas cejas en un claro y sincero gesto de asombro.

—Bueno. Según parece uno de los motivos por los que Roberto no quería saber nada de mí era precisamente por mi condición social tan elevada. Pues bien, ya soy tan pobre como una rata.

—Mmm... No sé yo... —Masculla Sabrina para sí con expresión meditabunda.

—¿Qué pasa ahora, Sabrina? —Inquiere Joanna, mirando con fijeza a la guapa mujer de origen italiano y agregando seguidamente—: Yo creo que el planteamiento de Mary Ann tiene mucha lógica.

—No digo que no, pero...

—¿Pero qué, Sabrina?

—Pues que todas sabemos lo orgulloso que puede llegar a ser el señor Osuna.

—Creo que ya sé adónde quieres ir a parar —Mary Ann frunce levemente el ceño mientras pronuncia estas palabras.

—Pues debéis ser las únicas, porque lo que es yo... —Protesta Joanna Maize imitando el gesto de su amiga.

—Lo que Sabrina quiere decir, cariño, es que siendo tan orgulloso y desconfiado, lo más seguro es que Roberto no llegue a creerse lo de mi reciente bancarrota. O lo que es peor, que es una treta para acercarme a él.

—¡Acabáramos! Así que era eso —exclama Joanna mientras se palmea la frente en un claro y evidente ademán de alivio y comprensión.

—¿Y bien? —Nuestra bella empresaria mira alternativamente y con

gran fijeza a sus dos mejores amigas.

—¿Y bien qué? —Replica a su vez la italiana Sabrina Maggenti, al tiempo que toma un sorbo de su bebida.

—¿Que qué me aconsejáis?

—Ah, eso —dice Joanna con ademán y tono distraídos, para luego entrecruzar una rápida mirada con Sabrina y agregar rápidamente en tono falsamente indiferente y apático—: No sé... Tal vez deberías probar de nuevo con el pintor.

—¡Pero qué mala eres, Joannie! —Exclama Sabrina antes de que las tres bellas amigas se unan en un coro de divertidas carcajadas.

-
-
-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 8º

MARY ANN SE SINCERA

Once y diez de la mañana del Sábado, 13 de Julio de 2019. Nos encontramos en el famoso Central Park neoyorquino; para ser más exactos a la orilla de su archiconocido lago, donde en estos momentos el pintor de retratos Roberto Osuna se prepara para empezar su trabajo artístico, ofreciendo sus servicios a los paseantes que deambulan en estos instantes por la zona.

De repente vemos cómo todo su cuerpo se crispa y, de inmediato, comienza a recoger todos sus instrumentos de trabajo a toda velocidad.

—¡Espera, Roberto, por favor! —Pide Mary Ann, al tiempo que acelera sus pasos hacia el atractivo retratista de origen latino.

—Hola, Mary Ann... ¿Qué quieres ahora?

—Hablar, solo hablar. Solo te pido que me escuches, y si después de hacerlo sigues sin querer saber nada de mí, te prometo por lo más sagrado que te dejaré en paz para siempre. Te doy mi palabra.

—De acuerdo, habla. Te escucho. Pero como tú misma dices, si no me convences con tus explicaciones...

Y entonces, Mary Ann Collins habla y explica a Roberto todo lo ocurrido en su vida durante las últimas semanas.

Cuando termina de hablar, Roberto Osuna abre y cierra la boca un par de veces como si no supiera qué decir. Y cuando por fin habla, todo lo que sale de sus labios en tono titubeante es:

—Oh, v-vaya... No sabía lo de tus problemas con Hacienda... L-lo siento de veras, en serio.

—Ya..., bueno. No tenías por qué saberlo.

Un silencio un tanto incómodo se apodera de la pareja por espacio de varios segundos tras las palabras de ambos.

Un silencio que rompe Roberto con las siguientes palabras:

—¿Necesitas algo? No sé... Como bien sabes, económicamente no te puedo ayudar, pero si necesitas hablar con alguien, aquí me tienes.

—Oh, gracias. Te tomo la palabra —Mary Ann dedica al pintor la más dulce de las sonrisas antes de agregar en un cauto susurro—: Lo cierto es que tal vez sí puedas hacer algo por mí.

—¡Claro, lo que sea!

—Aceptar mi invitación para tomar algo... ¿Qué te parece?

—Er... Esto... Yo no sé...

—Ah. Te recuerdo que acabas de decir que podía pedirte lo que quisiera, sin importar lo que fuera —replica Mary Ann en tono divertido y mientras se va acercando poco a poco a Roberto, hasta que sus bocas quedan primero a escasos centímetros... Luego a unos pocos milímetros... Hasta que finalmente, ambos se funden en un beso tan cálido como intenso y que los hace vibrar como si los recorriese una leve corriente eléctrica por espacio de casi un minuto.

—¡Jooder, Mary Ann! —Jadea el pintor cuando por fin se separan.

—¿Qué? ¿Acaso no te ha gustado?

—¿Cómo dices eso, cuando ha sido el mejor beso que me han dado en mucho tiempo? —Replica Roberto, al tiempo que posa sus manos sobre los hombros de la mujer y la atrae hacia sí mientras agrega en tono por demás cálido y suave—: Me tendrías que haber dicho mucho antes que tu boca es tan dulce.

—Oh, vaya... —Mary Ann Collins no puede evitar sonrojarse como una colegiala mientras deja que el pintor le acaricie con ternura infinita los grandes y aún firmes pechos por encima de la fina blusa de seda, notando como sus sensibles pezones se endurecen ante en sensual contacto de las manos del guapo artista de origen hispano.

—Mmm... ¿Sabes que una de mis pasiones son las mujeres como tú?

—Susurra Roberto sin que sus grandes y fuertes manos se separen ni un milímetro de los formidables y hermosos senos de nuestra guapa protagonista, que deja escapar una sensual y pícaro risita, y replica en tono falsamente inocente y espantado:

—Cuando dices las mujeres así como yo... ¿Hablas de mujeres maduras, rubias y de ojos verdes?

La risa que brota de Roberto le suena a Mary Ann como música celestial.

Pero sin duda alguna, lo que más gusta a nuestra bella heroína es sentir de nuevo las manos de Roberto Osuna oprimiendo sus pechos y su lengua recorriendo otra vez todos los rincones de su cavidad bucal en un beso tan apasionado o más que el disfrutado momentos antes.

-
-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 9º

EL SÉPTIMO CIELO DEL PLACER

Son las doce menos diez de la mañana del Martes, 16 de Julio de 2019. Un día por demás caluroso que nuestras tres guapas chicas han aprovechado para pasarlo en un lago cercano a la bulliciosa ciudad de New York, hablando de sus cosas y disfrutando de un delicioso almuerzo a base de bocadillos, pasteles, refrescos y cerveza.

En este momento, y mientras salen las tres del agua tras darse un buen chapuzón, pues se puede nadar en la laguna, Joanna Maize se dirige a nuestra principal protagonista con las siguientes pícaras y divertidas palabras:

—¿Le has contado ya a nuestra querida Sabrina lo bien que lo pasaste la otra noche con tu adorado pintor de retratos, Mary Ann?

—¿¡Cómo!? —Exclama la bella mujer de origen italiano, llegando incluso a escupir el trago de cerveza que acaba de llevarse a la boca.

—Disculpa, cariño. Pensaba contártelo, pero no terminaba de encontrar el momento para hacerlo —replica Mary Ann dibujando en su bello semblante una expresión de divertida inocencia.

—Bueno, déjate de tonterías y cuéntame con pelos y señales cómo se portó el pintor en la cama —dice Sabrina a su vez, en tono travieso y divertido.

Vemos cómo al oír esto, nuestra guapa protagonista pone los ojos en blanco, deja escapar un lánguido suspiro, y por fin dice en tono claramente ensoñador:

—Chicas, fue sencillamente... ¡Una auténtica gozada! ¡Qué manos! ¡Qué labios! ¡Qué boca! Todo en él es dulce y maravilloso.

—¿Y de, ya sabes...? —Pregunta Joanna señalando con su índice derecho su entrepierna y haciendo reír a sus dos amigas a mandíbula batiente.

Poco después, cuando por fin Mary Ann y Sabrina han dejado por fin de carcajearse por la divertida ocurrencia de su amiga, nuestra protagonista carraspea para aclararse la garganta, y responde en tono falsamente serio y taciturno:

—Bueno, digamos que comparada con la herramienta de Abdoul es más bien tirando a normalita, pero lo compensa con creces por lo erecta que se le mantiene al cabrón durante horas.

Dicho esto, Mary Ann vuelve a estallar en sonoras risotadas antes de

exclamar en tono claramente excitado y divertido:

—¡Cinco polvazos seguidos, chicas! ¡Cinco polvazos con sus correspondientes orgasmos por su parte, y aquello que no bajaba ni a la de tres!

—¿¡En serio!?! —Exclaman Joanna y Sabrina casi al unísono.

—¡Como os lo cuento! Si tuviera que darle una nota al pintor y a su, ejem, pincel, sin duda sería de Matrícula de Honor.

—Vaya, vaya, vaya... Quién lo hubiera imaginado —dice Sabrina mientras propina a Joanna un codazo cargado de amistosa complicidad en el costado, provocando la risa de su compañera y el posterior comentario, dicho en un tono de lo más pícaro y dirigido a la sonriente Mary Ann:

—Cuando te aburras de él, recuerda que tu amiga del alma no tiene nada que llevarse a la boca desde hace ya algún tiempo.

—¡Ni a la boca, ni al...! —Ríe Mary Ann Collins con ganas para luego acercarse a la cariacontecida Joanna Maize y abrazarla con todas sus fuerzas hasta lograr que también ella sonría.

Ese mismo día, bastante más tarde sobre las once y veinte de la noche, Mary Ann y Roberto pasean por Central Park cogidos de la mano.

De repente, el pintor se detiene y se coloca frente a nuestra protagonista, tomando sus blancas y delicadas manos entre las suyas y mirándola con gran fijeza a los bellos ojos verdes, mientras en su varonil y bronceado semblante se dibuja una enorme sonrisa de pura y sencilla felicidad.

—¿Qué ocurre, Roberto? ¿Por qué me miras de ese modo? —Inquieta Mary Ann mientras en sus labios se forma también una tímida sonrisa.

—Oh, nada. Solo pensaba en lo feliz que me hace haber dejado atrás todos mis estúpidos prejuicios contra ti, y en lo dichoso que soy ahora que te tengo, mi dulce niña Mary Ann.

—Yo también soy muy feliz contigo, Roberto —replica nuestra protagonista mientras acaricia la mejilla de su amado antes de fundirse con él en un largo y apasionado beso de tornillo.

-

-

-

-

-

-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 10º

HACIENDO PLANES

Viernes, 19 de Julio de 2019. Son las once menos cinco de la mañana y nuestra feliz pareja de enamorados acaba de despertar en la cama de Mary Ann después de pasar una noche por demás intensa haciendo el amor y gozando el uno del otro como dos adolescentes con las hormonas a tope.

En este momento, vemos cómo Roberto se alza del lecho, y completamente desnudo camina hacia la puerta del dormitorio, mientras pregunta a su madura y bellísima amante y anfitriona:

—¿Qué te apetece desayunar, bombón?

—No sé... —Responde Mary Ann entre bostezos y risas—. La verdad es que no tengo ni idea de lo que hay por la cocina; ¿qué te apetece a ti?

Desde la cocina le llegan los sonidos de su amado trasteando.

Así como poco después los gritos de éste diciendo:

—¡QUEDA ALGO DE ZUMO DE NARANJA, UN PAR DE REBANADAS DE PAN DE MOLDE UN POCO DURAS Y ALGO DE MERMELADA DE FRESAS!

—Tenemos lo justo para un desayuno perfecto entre dos personas que se adoran —responde Mary Ann cuando ve a Roberto asomarse de nuevo a la puerta del dormitorio.

—¿Y por qué no nos vestimos y nos vamos a desayunar a una cafetería que conozco, donde sirven una tarta de nata para chuparse los dedos?

—¿¡Tarta de nata!? ¡Mi favorita!

—¿Te parece bien?

—¡Me parece una idea maravillosa!

—Pues vístete, que te invito. Tú no estás para demasiados gastos superfluos, me parece a mí.

—Mmm... ¿Estás insinuando algo, Roberto Osuna? —Mientras dice esto en tono falsamente molesto, Mary Ann agarra al pintor de la mano y lo atrae hacia la cama con el fin de darle un beso en los labios.

Algo más tarde, ya en la cafetería mencionada por Roberto y después de haber dado buena cuenta de sendas porciones de deliciosa tarta de nata con caramelo, ambos enamorados hablan sobre sus cosas y hacen planes de futuro acerca de su posible vida en común juntos.

De repente, Roberto Osuna queda mirando fijamente a nuestra protagonista, mientras estira su mano para acariciarle con cariño la mejilla derecha.

—¿Qué pasa? —Mary Ann sonríe y su belleza se multiplica lo indecible.

—Que eres la mujer más bonita que he conocido nunca. Y que me encanta tu sonrisa, Mary Ann Collins.

—Bah... No me seas zalamero. Anda, que no te pega nada.

—No es zalamería, es sinceridad.

—Ya... ¿Tan bella como para immortalizarme en un cuadro?

—O en varios.

—¿E-en serio?

—Completamente. Es más, creo que no he hablado más en serio en toda mi vida.

—Oh, Roberto, amor mío. Eso sería sencillamente maravilloso.

—Bien. ¿Cuándo empezamos con las sesiones?

—Ah..., no sé. ¿Hoy mismo?

—¿Seguro? No quiero presionarte.

—No lo haces. Quiero empezar cuanto antes.

—Pues esta tarde si quieres. Conozco el lugar perfecto para ello. Es un lugar precioso y seguro te va a encantar.

—Seguro que sí —no bien ha terminado de decir esto, cuando Mary Ann Collins, para horror de su compañero y demás clientes de la cafetería, cae redonda al suelo tras dejar escapar un leve gemido.

—¿¡MARY ANN!?! —Grita Roberto completamente fuera de sí al verla desplomarse en el suelo para luego comenzar a gritar pidiendo ayuda de un modo por demás desesperado hasta que por fin, uno de los clientes del local se acerca y lo ayuda a llevar a la mujer a un centro de salud cercano, donde le recomiendan ingresarla de inmediato en el hospital más próximo para conocer con mayor certeza el motivo de su repentino desmayo.

FIN 3ª PARTE

EPÍLOGO

Cuando Mary Ann recupera la consciencia, lo primero que ve es la bata blanca de la Doctora Teems, experta Neurocirujana especializada en la extirpación de tumores cerebrales graves y complicados.

A su lado, y mirándola con expresión sombría y preocupada, las tres personas que más quiere en el Mundo: Por un lado sus dos mejores amigas, Sabrina y Joanna, y por otro Roberto el hombre de su vida, que se acerca a la

cama, y tomando su diestra le pregunta en cariñoso tono de reproche:

—¿Desde cuándo lo sabes?

—No sé... Desde hace unos meses tal vez.

—Dejen a la paciente descansar por el momento —ordena la Doctora Teems en tono tajante mientras empuja a los tres fuera de la habitación.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

4ª PARTE

MARY ANN LA LUCHADORA

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 1º

EL DIAGNÓSTICO

Once y diez de la mañana del Lunes, 22 de Julio de 2019. Nos encontramos en el despacho de la prestigiosa Oncóloga y Neurocirujana Doctora Vanessa Teems, reunida en estos momentos con nuestra protagonista y su actual pareja sentimental, el pintor bohemio Roberto Osuna.

—Por favor, Doctora, no se ande con medias tintas y dígame cuán grave es y, si es menester, cuánto me queda de vida —exige más que pide

Mary Ann Collins, sin dejar apretar con todas sus fuerzas la mano de su amado retratista.

La Doctora Teems sonríe con gesto paciente antes de responder en tono tranquilo y pausado:

—No adelantemos acontecimientos, señorita Collins. Por suerte, hoy en día la Ciencia Médica ha avanzado mucho, sobre todo en el campo de la Oncología. Y donde hace apenas unos años un tumor como el suyo suponía una muerte casi segura, hoy por hoy afortunadamente existen tratamientos y terapias que...

— PERO LA MALDITA QUIMITERAPIA HAR  QUE SE ME CAIGA EL PELO Y ESTAR  HORRIBLE! —Chilla Mary Ann mientras un torrente de lágrimas de pura rabia brota de sus bellos ojos color esmeralda.

—Yo te querr  igual, Mary Ann. Aunque tu cabeza parezca una bola de billar, yo te amar  con locura como llevo haciendo desde nuestro primer beso —Roberto se acuclilla ante ella y le acaricia con ternura los rubios cabellos al tiempo que agrega en tono por demás cálido y amoroso—:  Vas a dejar que te venza un estúpido tumor, cuando has conquistado el corazón de este arrogante y orgulloso pintor callejero?

— De veras que no me dejarás cuando se me caiga todo el pelo y tenga que usar una estúpida peluca o un horrible pañuelo para cubrir mi calva cabeza?

—Te lo juro por lo más sagrado que nunca me separar  de tu lado, mi niña dulce.

— Por qué eres tan bueno conmigo, Roberto?

—¿Tal vez porque eres la mujer más buena y dulce del Mundo, Mary Ann?

En ese momento, la Doctora Teems, que ha permanecido en un discreto segundo plano contemplando la tierna escena entre la pareja, decide volver a intervenir para decir lo siguiente en el tono más profesional y serio:

—Si está dispuesta a empezar un tratamiento contra la enfermedad, tendrá que firmar unos documentos.

—¿E-en qué consiste el tratamiento, Doctora? —Balbucea Mary Ann mientras toma los papeles que le tiende la Oncóloga para leerlos con sumo detenimiento—. Me han dicho que suelen ser muy agresivos.

—Bueno. Eso depende del tipo de tumor y de lo localizado que éste se encuentre.

—Le he pedido sinceridad y claridad. Por favor Doctora —en el rostro de Mary Ann se forma una tensa y nerviosa sonrisa.

—Está bien. No será un proceso fácil ni sencillo. Pero según los estudios que hemos hecho sobre su caso, hay casi un ochenta por ciento de posibilidades de que todo salga bien, y que tras la cirugía que habremos de practicarle para extirparle el tumor usted viva aún muchos años haciendo una vida por completo normal, dentro de unos ciertos límites por supuesto.

—Entonces, Doctora Teems. ¿El tumor es operable? —Inquieta Roberto, dejando entrever en su voz un leve pero al tiempo claro deje de esperanza.

—Si no lo fuera, no estaríamos teniendo esta conversación, señor

Osuna —responde la Cirujana, dedicando al pintor una amistosa y tranquilizadora sonrisa para agregar seguidamente de un modo algo más cauto —: Podremos extraer el tumor, siempre y cuando la señorita Collins siga a rajatabla la terapia de quimio y radio durante todo el tiempo que estipule el equipo de Oncología que ha de llevar su caso.

—¿Has oído, cariño? Si haces todo lo que te digan los médicos, hay muchas opciones de que te salves y de que podamos ser muy felices juntos durante muchos más años. ¿No te parece una idea maravillosa?

—¿M-me prometes que nunca me dejarás, pase lo que pase?

—Te lo juro por lo más sagrado, amor mío.

—¿Me seguirás queriendo cuando me quede calva como una bola de billar y deba ponerme una horrible peluca?

—Te amaré más todavía si cabe.

—Gracias, Roberto. Es todo lo que necesitaba escuchar —dice Mary Ann antes de tomar los documentos médicos y estampar en ellos su pulcra y cuidada firma.

-
-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 2º

EL APOYO DE LAS AMIGAS

Una menos cinco de la tarde del Jueves, 25 de Julio de 2019. Nos encontramos en un pequeño pero exclusivo restaurante neoyorquino donde han quedado para comer las tres mujeres protagonistas de nuestra historia.

La primera en llegar en su flamante deportivo color plateado es Sabrina Maggenti, que aparca y se dirige hacia el restaurante con paso rápido y nervioso.

Poco después llega Joanna Maize, acompañada de su marido, que la besa fugaz pero cariñosamente antes de dejarla en la puerta del restaurante junto a Sabrina.

Por fin, varios minutos más tarde, llega nuestra principal heroína cogida del brazo de su amado Roberto Osuna.

—Gracias por aceptar mi propuesta de reunirnos, chicas —dice Mary Ann a modo de saludo antes de besar a Sabrina y Joanna y entrar con ellas al restaurante cogidas las tres del brazo como las buenas amigas que son.

Una vez dentro son atendidas por un guapo y joven camarero llamado Adrian, que las conduce a una mesa en el mejor rincón del local.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —Pregunta por fin Sabrina, una vez Adrian les ha servido el mejor vino de la casa y dejado las cartas del menú para que vayan decidiendo qué van a comer.

—Sí, eso, Mary Ann. ¿Cómo te encuentras, y cuándo empiezas el tratamiento? —Inquiere también Joanna mientras sus ojos recorren los platos del menú en busca de algo que pueda ser de su agrado.

—Tú ya sabes que lo que necesites —habla de nuevo Sabrina mientras acaricia con su mano derecha la zurda de Mary Ann, que le dedica una dulcísima sonrisa y replica en tono por demás tranquilizador y bastante animado:

—Chicas, chicas. Me encuentro perfectamente; tened en cuenta que aún no he comenzado con el tratamiento.

—Ya lo sabemos. Pero no está de más hacerte saber que nos tienes a tu lado pase lo que pase —responde a su vez Sabrina sin soltar la zurda de su amiga.

—¿Cuándo empiezas la terapia? —Inquiere de nuevo Joanna en un

tímido y preocupado susurro, dejando patente que está bastante afectada por lo ocurrido a nuestra principal protagonista.

—Si todo va bien, dentro de unos días tendré la primera sesión de quimioterapia.

—Ahá... ¿Y sabes ya cuántas sesiones serán? —Sigue preguntando Joanna mientras se enjuga las lágrimas que brotan de sus ojos con un kleenex, lo que obliga a Mary Ann a dirigirse a ella en tono de cariñoso reproche:

—¡No me llores, Joanna Maize, no me llores o te juro por Dios que te tiro este delicioso vino por encima y te ducho de arriba abajo!

—¡Pero me da mucha pena verte enferma! —Gime Joanna sin quitarse el kleenex de la nariz y los ojos.

—¿¡Enferma!?! ¿¡Quién diablos está enferma, a ver!?! —Exclama Mary Ann mientras se levanta y se abraza a su amiga con todas sus fuerzas en tanto le susurra al oído con cariño fraternal—: Yo no estoy enferma, mi niña. Voy a luchar contra ese estúpido tumor, y juro por lo que más quiero que sois vosotras y Roberto, que lo voy a vencer y luego nos vamos a hacer un viaje por todo el Mundo para celebrarlo.

—Te tomamos la palabra, Mary Ann Collins —dice Sabrina mientras alza su copa de vino en señal de brindis.

Tras esto, la comida entre las tres amigas transcurre de modo grato y apacible, disfrutando cada una de ellas de las delicias del menú del restaurante, desde el primer plato hasta los postres.

Cuando terminan de comer y se despiden, a eso de las cuatro y cuarto

de la tarde, el Sol pega con fuerza, por lo que las tres mujeres deciden marchar rápido hacia sus respectivos hogares buscando siempre la sombra para no morir asfixiadas por el tremebundo calor veraniego.

—Hola, cariño. ¿Cómo están tus amigas? —Pregunta Roberto cuando nuestra protagonista llega al piso que ahora comparten los dos desde hace unos días.

—B-bien... Pero yo estoy muy cansada, amor mío —replica Mary Ann, dejándose caer pesadamente en una de las sillas de la sala de estar.

—Tal vez deberías echarte un rato a descansar —sugiere el pintor mientras se acerca a la mujer para darle un beso de bienvenida en los labios.

Pero Mary Ann se ha quedado profundamente dormida en la silla, por lo que Roberto simplemente sonrío y luego la toma en brazos para llevarla a la cama.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 3º

EL TRATAMIENTO

Nueve y cinco de la mañana del Lunes, 29 de Julio de 2019. Nos encontramos de nuevo en el despacho de la Doctora Vanessa Teems, reunida en estos momentos con nuestra protagonista y su actual pareja sentimental para explicarles con todo el detalle posible en qué consistirá el tratamiento oncológico al que deberá someterse si desea tener alguna opción de salvar su vida.

—No será un camino fácil ni sencillo, señorita Collins —es lo primero que dice la Oncóloga una vez nuestra heroína ha tomado asiento en una de las sillas de la consulta dispuestas para tal fin.

—L-lo sé, Doctora —replica Mary Ann mientras toma la mano de Roberto y la oprime con fuerza buscando su protección y calor.

—La primera parte del tratamiento consistirá en dos ciclos de quimioterapia, repartidos en seis meses el primero y cuatro el segundo, durante los cuales se le administrará el medicamento a razón de cuatro días por semana.

—Bien, me temía algo así.

—¿Y la radioterapia? —Pregunta Roberto sin soltar la mano de Mary Ann.

—Según mi equipo de colaboradores, siete semanas a razón de dos sesiones por semana será más que suficiente para reducir el tumor lo bastante como para ser operable sin riesgo para el resto de la masa encefálica.

—¿C-cuáles son los efectos secundarios? —Mary Ann oprime con más fuerza la mano de Roberto.

—Bueno, eso depende de cada persona, pero el tratamiento de quimioterapia suele conllevar vómitos y malestar general.

—N-no suena muy halagüeño, la verdad —suspira Mary Ann con expresión y tono claramente cansado y asustado.

—Ya sé que no, cariño —dice Roberto, mientras se acuclilla junto a su silla para abrazarla con fuerza en tanto le susurra dulcemente al oído—: Pero tú ya sabes que yo voy a estar ahí contigo siempre, dándote todo mi apoyo y amor para que todo este proceso sea mucho más llevadero.

—G-gracias, Roberto. ¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero y lo feliz que me haces? —Replica nuestra protagonista con voz quebrada por la emoción.

—Nunca me canso de oírlo. Ni de quererte yo a ti.

Luego, Mary Ann clava sus bellos ojos verdes de nuevo en la Doctora Teems y tras dejar escapar un profundo suspiro, le formula la siguiente

pregunta en un tono de voz bastante más decidido y valiente:

—¿Cuándo empezamos la terapia entonces, Doctora?

—Primero necesitamos hacerle unos análisis para ver cómo está de defensas. Y si los niveles son óptimos para ello, en pocos días podremos empezar el tratamiento de quimioterapia —responde la Doctora Teems, dedicando a Roberto y Mary Ann una sonrisa de lo más alentadora.

Ese mismo día, a eso de las doce y veinte de la tarde, una vez han abandonado el hospital, nuestra pareja protagonista almuerza tranquilamente en un bar cercano a Central Park.

Están dando buena cuenta de dos succulentos hotdogs comprados en un puesto ambulante, cuando Mary Ann lanza a su novio la siguiente pregunta:

—¿Qué hay de tus obras pictóricas, cielo?

—¿A qué te refieres? —Roberto Osuna alza sus oscuras cejas en un sincero y evidente gesto de sorpresa.

—¿No echas de menos ir a pintar al Parque?

—Claro que lo echo de menos. Pero ahora todo lo que importa es que tú te pongas bien y superemos ambos este bache. Ya tendré tiempo de volver a pintar cuando te hayas recuperado del todo.

—Pero...

—Pero nada, Mary Ann. Lo primero eres tú y punto.

—Vale, pero prométeme que cuando yo esté del todo recuperada, tú

volverás a pintar. Recuerda que me debes un retrato.

Como respuesta, Roberto Osuna toma a su chica de la cintura y la besa con pasión antes de decirle en tono por demás cariñoso:

—Te voy a hacer el retrato más bonito que hayas visto en tu vida, mi dulce Mary Ann. Ya lo verás.

—Mmm... ¿Me lo prometes?

—Palabrita del Niño Jesús. Pero tú has de hacerme otra promesa.

—Claro, dime.

—Prométeme que vas a luchar con todas tus fuerzas para vencer el tumor.

—Palabrita del Niño Jesús.

Dicho esto Mary Ann, ambos se miran el uno al otro durante unos segundos antes de estallar ambos en un coro de divertidas carcajadas.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 4º

LA PRIMERA SESIÓN

Una semana después de lo narrado en el capítulo anterior, y una vez el equipo médico de la Doctora Vanessa Teems ha comprobado que las defensas de nuestra protagonista se hallan todas en unos niveles más que óptimos, Mary Ann Collins se prepara para recibir la primera sesión de quimioterapia que, si todo sale bien, la ayudará a combatir el tumor maligno de su cabeza.

Hace apenas unas pocas horas que en la peluquería del hospital le han rapado al cero su hermosa mata de pelo rubio platino natural, y ahora se encuentra si no mal, si un poco rara y diferente.

—Yo te veo igual de guapa que siempre, cariño —le dice Roberto mientras la ayuda a tomar asiento en la butaca de hospital, donde los médicos ya tienen listos los goteros con el medicamento que han de inyectarle para luchar contra el terrible mal.

—T-tengo mucho miedo, Roberto —gime Mary Ann en un tenso y trémulo susurro—. ¿Y si esto no funciona?

—No pienses en ello, por favor Mary Ann —la recrimina dulcemente el pintor al tiempo que besa su pálida mejilla con cariño casi infinito—. Ya sabes lo que nos dijo la Doctora Teems en la última visita antes de venir aquí.

—Que la actitud positiva y las ganas de salir adelante son puede que incluso más importantes que el propio tratamiento —responde nuestra protagonista como si se tratase de una lección bien aprendida.

—Eso es. Por eso vamos a tomarnos esto como un pequeño bache que

hay que superar para seguir siendo inmensamente felices juntos.

—P-pero tengo mucho miedo, Roberto —replica Mary Ann con los ojos anegados en lágrimas de impotencia.

—Pues ten miedo, cariño. Ten miedo pero enfréntate a él como lo que eres.

—¿Q-qué soy, Roberto? ¿Qué soy para ti?

—Para mí eres la mujer más valiente del Mundo. La mujer que un día me invitó a su casa y puso mi mundo patas arriba, porque pensaba que pretendía jugar conmigo como había hecho antes con otros hombres.

—¿De veras me veías como una especie de vampiresa, que solo sabía aprovecharse de los hombres? —Nuestra bella protagonista alza al máximo sus rubias cejas en una sincera y al tiempo divertida muestra de asombro, que hace reír a Roberto mientras le aprieta la mano con fuerza antes de responder en tono por demás jocoso y cargado de cariño sincero:

—Algo así. Pero siempre pensé que eras una vampiresa de lo más atractiva y por la que no me importaría ser mordido.

—Mmm... Eres tan dulce, Roberto Osuna —dice Mary Ann para luego quedar callada mientras la potente medicina comienza a fluir por sus venas en busca de la terrible enfermedad para destruirla.

Dos horas más tarde, una vez finalizada la primera sesión de quimioterapia sobre las dos de la tarde, nuestra pareja protagonista decide marchar a un bar cercano a comer algo para recuperar fuerzas. Sobre todo Mary Ann, pues el tratamiento la ha dejado realmente hecha polvo.

Ninguno de los dos dice una palabra mientras dan buena cuenta de los alimentos solicitados. Se limitan a mirarse el uno al otro haciéndose carantoñas y mimitos cariñosos como si fuera una pareja de adolescentes enamorados, en vez de dos adultos que ya han superado la cuarentena.

—La primera sesión siempre es la peor, cariño —dice Roberto en un momento dado y al tiempo que toma una servilleta y limpia un chorretón de salsa de tomate de la comisura izquierda de la boca de Mary Ann, que sonrío y responde en tono bastante animado para gozo del pintor:

—Lo sé. Así como sé que si tú estás a mi lado, nada ni nadie podrá vencernos.

—¡Esa es mi chica!

—¡Y tu vampiresa devoradora de hombres!

—Eso por descontado.

—Roberto Osuna...

—Dime, Mary Ann Collins.

—Gracias por aparecer en mi vida y darme la oportunidad de quererte como lo hago. Me haces inmensamente feliz.

—No, Mary Ann. Gracias a ti por dejarme entrar en tu vida.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 5º

EXCELENTES NOTICIAS

Han pasado ocho meses desde que nuestra protagonista iniciase el tratamiento contra el tumor cerebral hallado en su cabeza, y cuando son las diez en punto de la mañana de un Viernes de Abril del año 2020 nos encontramos en la consulta de la insigne Oncóloga Vanessa Teems, que en este momento se alza de su silla para estrechar con una enorme sonrisa la mano que le tiende Mary Ann Collins, mientras le dice visiblemente feliz y satisfecha.

—Lo estamos logrando, Mary Ann. Hemos conseguido reducir el tumor a casi la mitad de su tamaño original.

—¿E-en serio, Vanessa?

—Totalmente. Y todavía hay mejores noticias, querida mía.

—¿C-cuáles?

—Al ritmo que vamos, es muy probable que podamos adelantar en varias semanas la fecha de la intervención. Luego sería cuestión de aplicar unas cuantas sesiones de radioterapia para acabar de limpiar la zona afectada, y estarías casi curada, querida mía.

—¡Santo Dios! ¡Doctora, no sabe cuánto nos alegra escuchar todo eso!
—Dice Roberto, mientras rodea con su brazo la cintura de su amada y la atrae hacia sí con gesto cariñoso y protector en grado sumo.

Entonces, la Doctora Teems sigue hablando en tono cauto y profesional.

—Imagino que sabes que para reforzar el tratamiento, debes tomarte unas pastillas por vía oral durante unos cuantos meses, antes y después de la intervención.

—Sí, lo sabía. Son como una ayuda para el tratamiento intravenoso.

—Eso es. Como os decía, si todo va bien, no tardaremos demasiado en intervenir para extirpar el mal de tu cráneo. Y con un poco de suerte, la pesadilla estará mucho más cerca de finalizar.

—¿C-cómo que un poco más cerca, Doctora Teems? —Quien pregunta esto es Roberto en un tono de voz ciertamente preocupado—. Yo pensaba que una vez extirpado el tumor, se acababa todo.

—¿No se lo ha explicado su prometida, señor Osuna?

—¿Explicarme qué? —Roberto clava una interrogante mirada en Mary Ann, que le sonrío y le responde en un cálido murmullo:

—No te lo quisimos decir antes para no preocuparte de modo innecesario. Pero has de saber que después de la operación y el tratamiento, aún deberé estar durante un tiempo bajo estricta supervisión médica.

—O-oh, vaya... ¿D-de cuánto tiempo estamos hablando?

—Pues, si toda sale bien, es muy probable que como mucho en unos cuatro o cinco años le podamos dar el alta definitiva. Depende mucho de cómo evolucione la recuperación una vez intervenida y concluida la terapia —

responde Vanessa Teems en tono afable y animoso, logrando aplacar en grado sumo la preocupación de Roberto.

—¿Te quedas más tranquilo, bombón? —Inquiere Mary Ann, mientras toma la mano de su amado y la oprime con fuerza contra su generoso busto.

Roberto por su parte, no responde con palabras sino dedicando a nuestra protagonista la más dulce y tierna de las sonrisas.

Ese mismo día, a eso de las siete menos diez de la tarde, la feliz pareja pasea por Central Park cogidos de la cintura, pasando en este preciso instante por el mismo lugar donde, meses antes, se dirigieran la palabra por primera vez.

—Qué distinta hubiera sido nuestra vida si aquel día yo no hubiera pasado por aquí. ¿Verdad, Roberto? —Medita Mary Ann en tanto se agacha para tomar una piedra plan y arrojarla con fuerza al estanque cercano, con el fin de hacerla saltar varias veces sobre la cristalina superficie del agua.

—No sé, cariño —replica el apuesto pintor con voz pensativa, para luego agregar muy seguro de sí mismo—: Soy de los que cree en el Destino; y algo me dice que, tarde o temprano, éste nos hubiera juntado de un modo y otro.

—¿Sabes una cosa, mi dulce Roberto?

—Dime, bombón.

—Que yo también lo creo. No en el Destino, pero sí que estábamos destinados a estar juntos tarde o temprano.

—Te quiero, Mary Ann Collins.

—Y yo a ti, Roberto Osuna.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 6º

LA CAPTURA DE PELLETIER

Es el último Lunes de Abril del año 2020, y nos encontramos en el Aeropuerto del Prat de Barcelona, en España donde en estos momentos, cuando son las seis menos veinte de la tarde, un grupo de Agentes al servicio del Ministerio de Hacienda Estadounidense rodean a un tipo de sobras conocido por todos nosotros, y le ordenan rendirse al grito de:

—¡CHARLES PELLETIER, HAGA EL FAVOR DE DEJAR ESE MALETÍN EN EL SUELO Y ACOMPAÑARNOS SIN OPONER RESISTENCIA A ESTA DETENCIÓN! ¡ES UNA ORDEN!

—C-creo que se equivocan, agentes. Yo soy inocente —replica el ex ayudante huido de Mary Ann Collins, mientras uno de los agentes se acerca a él y le pone las esposas al tiempo que le dice en tono por demás autoritario y tajante:

—Mucho me temo que no es así, señor Pelletier. Usted no solo cometió graves delitos contra la Hacienda Pública, sino que además tuvo la indecencia de permitir que una inocente fuese acusada de ellos.

Al día siguiente, sobre las once y media de la mañana, nos encontramos en el pequeño pero acogedor pisito que desde hace ya algún tiempo comparten nuestros dos felices y enamorados protagonistas.

De repente, suena el timbre de la entrada de manera por demás machacona e insistente, como si alguien quisiera fundirlo a base de oprimir el botón del mismo.

—¡YA VA, YA VA, YA VA! —Grita Mary Ann mientras corre a abrir la puerta antes de que el timbre comience a echar humo.

Son Sabrina y Joanna, sus amigas.

—¡Hola, bombón! ¿Aún no te has enterado de la noticia? —Exclama la bella mujer de origen italiano mientras se abraza a Mary Ann y le encasqueta dos sonoros besos en sendas mejillas.

—¿Q-qué noticia? ¿De qué hablas, Sabrina?

—En fin, ya veo que no. Joannie, querida, muéstrale el periódico a ver si se entera de una vez esta cabecita loca de la buena nueva.

Y eso hace Joanna Maize, sacar un periódico enrollado de su bolso y tenderlo a nuestra protagonista indicando alegremente:

—Página cuarenta.

Y Mary Ann Collins lee, y su bello y maduro semblante se ilumina con una enorme sonrisa de satisfacción al hacerlo.

Sin embargo, queda callada y con una expresión por demás pensativa reflejada en su hermoso semblante, por lo que Sabrina debe preguntarle mientras le propina un suave toquecito en el hombro:

—¿Y bien? ¿No vas a decir nada sobre la captura de ese bastardo de Pelletier?

—¿Qué queréis que diga?

—¡No sé, chica! ¿Tal vez que te alegras? —Replica Sabrina en tono exasperado.

—Por supuesto que me alegro, amigas mías. Pero como comprenderéis, tengo cosas mucho más importantes en las que pensar ahora mismo.

—Ah, cierto —habla entonces Joanna Maize, dedicando a Mary Ann la más dulce y comprensiva de las sonrisas.

—¡Ay, es verdad, cariño! ¡Pero es que estás tan estupenda que...! — Dice Sabrina mientras se acerca a Mary Ann y le da un sonoro beso en la mejilla antes de preguntarles con sincero interés—: ¿Ya tenéis fecha para la intervención?

—De momento, y según cómo evolucione la última fase del tratamiento de quimioterapia, se barajan dos posibles fechas —responde nuestra protagonista en voz animada pero un tanto fatigada al tiempo.

—¿Y cómo andas de ánimos, tesoro? —Vuelve a intervenir Joanna, acercándose a su amiga del alma y fundiéndose con ella en un fuerte y emotivo abrazo mientras agrega—: Ya sabes que la fuerza de espíritu es muy importante en estos casos.

—Lo sé, bombón. Y lo cierto es que gracias a vosotras y al bueno de Roberto, esa asignatura la tengo más que superada.

—Ya verás como todo va a salir a pedir de boca, mi niña —también Sabrina se acerca a Mary Ann para darle un fuerte y reconfortante abrazo.

—¿Qué os parece, chicas, si saco algo de picar y de beber y celebramos que hayan detenido por fin a ese cabrón de Pelletier? —Inquiere poco después Mary Ann dando a su voz un sincero y admirable tono de alegría.

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 7º

EL DULCE ABDOUL

Siete menos diez de la tarde del primer Jueves de Mayo del año 2020. Nos encontramos en una pequeña y discreta cafetería cercana al famoso “Central Park” de la ciudad de New York, donde vemos a nuestra bella protagonista alzarse de su asiento para saludar de un modo por demás cariñoso y efusivo al hombre que acaba de entrar por la puerta del local.

—Vine en cuánto lo supe, querida Mary Ann —dice Abdoul con sus hermosos ojos castaños anegados en lágrimas y al tiempo que abraza a nuestra heroína con todas sus fuerzas en una sincera y muestra de cariño y amistad.

—Sé que eres un hombre muy ocupado, querido mío. Y no quise preocuparte más de lo debido con mis problemas de salud.

—¡Tonterías, Mary Ann! No estamos hablando de un constipado, sino

de un tumor cerebral. ¿¡Cómo demonios pretendías que una vez me enterase no viniese corriendo a verte!?! —Exclama el guapo empresario africano fingiendo molestarse, aunque lo cierto es que está más dolido que enfadado. Una sensación que se le ha pasado al ver que nuestra protagonista está bastante bien y animada, dadas las circunstancias y el terrible mal alojado en su cabeza.

—¿Lo de siempre? —Pregunta Mary Ann a su amigo de origen magrebí, sacándolo de su ensimismamiento y haciéndole sonreír al responder:

—Sí, lo de siempre.

Luego, y mientras dan buena cuenta de sus respectivas consumiciones, siguen hablando de temas por completo intrascendentes.

Sin embargo, y como es inevitable, de vez en cuando vuelven al tema de la enfermedad de nuestra protagonista. Como en este preciso momento en que Abdoul inquiera mientras acaricia con gran ternura el bello rostro de Mary Ann:

—¿Tiene solución? Lo de tu tumor digo.

—Oh, sí. Los médicos están muy contentos por cómo está funcionando la quimioterapia. Y si todo va bien, en unos pocos meses más estaré lista para pasar por quirófano a extirpar el bicho de mi cabeza.

—Sé que lo lograrás, Mary Ann Collins. Sé que lograrás vencer el mal y que muy pronto estarás por completo recuperada y haciéndote cargo de tu empresa.

—¿Tampoco te enteraste de esa noticia, cariño?

—¿Q-qué noticia, Mary Ann?

—Tuve que malvender la empresa para poder hacer frente a una multa impuesta por Hacienda por culpa de los desmanes financieros de uno de mis socios.

—¡No jodas! ¿¡En serio!?

—Sí, querido Abdoul. Ya ves que tengo más cosas de las que preocuparme que un simple tumor en mi cabeza.

—P-pero... ¿Te queda dinero? Sabes que si lo necesitas, solo tienes que pedírmelo y te haré una transferencia a la cuenta que me indiques por la cantidad que me digas.

—Gracias, cariño. Eres un amor; pero no hace falta. Siempre he sido una mujer previsora y tenía unos ahorrillos guardados por si las moscas, ya sabes.

—Me alegra oír eso —dice Abdoul para luego quedar callado durante unos segundos antes de cambiar totalmente de tercio y preguntar en tono sinceramente interesado a nuestra protagonista—: ¿Y cómo andas de amores? ¿Sigues siendo la mujer fatal que se los llevaba a todos de calle? ¿O por el contrario lograste conquistar a aquel esquivo pintor del Parque que te traía de cabeza?

—¡Sí, al final lo logré!

—¿¡En serio!?

—Como lo oyes. Al final logré conquistar el corazón del pintor, y lo

cierto es que no he sido más feliz en mi vida. Me da mucho cariño, y ha sido un gran apoyo durante todo este proceso tan duro de mi enfermedad.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso, Mary Ann.

—Lo sé, tesoro. ¿Sabes, Abdoul?

—¿Sí, Mary Ann?

—Me considero afortunada por los amigos tan maravillosos que tengo. Y tú sin duda alguna eres de los mejores.

—V-vaya..., gracias —farfulla el guapo empresario magrebí visiblemente emocionado y complacido por tan hermoso halago.

-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-

CAPÍTULO 8º

PREPARÁNDOSE PARA LA CIRUGÍA

Han pasado casi tres meses desde lo narrado en el capítulo anterior, y nos encontramos de nuevo en la consulta de la eminente Oncóloga y Cirujana Doctora Vanessa Teems, a quien en este preciso instante vemos dedicar una amistosa sonrisa a nuestra protagonista antes de decirle en tono por demás profesional y tranquilizador:

—Querida Mary Ann, mi equipo está listo para intervenir y extraerte el

tumor de la cabeza en cuanto tú estés preparada.

Con Mary Ann está su prometido Roberto Osuna, que asiente con la cabeza y agarra con fuerza la mano que le tiende nuestra heroína buscando de forma evidente su apoyo y su protección.

—Bufff... N-no sé... —Logra responder Mary Ann al cabo de unos segundos por demás tensos e indecisos.

—Mary, cariño —dice Roberto, acucillándose a su lado y oprimiendo con mucha más fuerza sus suaves y blancas manos, sobre todo en contraste con su intenso y permanente bronceado—; este es el momento que hemos estado esperando desde hace meses. No te puedes echar atrás ahora.

—¡Y no lo hago, mi amor, no lo hago! —Replica Mary Ann con voz claramente angustiada y sin poder detener las lágrimas de temor que han comenzado a brotar de sus bellísimos ojos verdes como si de un torrente se tratase.

—¿Entonces?

—T-tengo mucho miedo a entrar en el quirófano, Roberto. No se lo he contado a nadie nunca, pero lo cierto es que tengo un miedo atroz a entrar en una sala de operaciones y ahora, con todo esto de mi intervención...

—Comprendo —vemos cómo Roberto se incorpora y abraza a Mary Ann con ternura infinita mientras le susurra al oído de un modo por demás amoroso y dulce—: Te prometo que no te pasará nada malo si entras en ese quirófano. Te juro por lo que más amo en esta vida, que eres tú, que todo va a salir bien, que la operación va a ser un éxito, y que cuando salgas estarás casi por completo curada.

—¿H-hablas en serio?

—Totalmente. Es más, creo que no he hablado nunca más en serio en toda mi vida. ¿Qué me dices? ¿Vas a ser valiente?

—Con una condición.

—Claro, pide por esa dulce boquita tuya.

—Que tu rostro sea lo primero que vea cuando me despierte.

—Será un placer y un honor cumplir con esa condición —responde el pintor, antes de fundirse con su bella amada en un apasionado beso que hace que incluso la Oncóloga se sonroje y desvíe la mirada mientras sonrío para sus adentros.

Ese mismo día pero por la tarde y una vez Mary Ann Collins ha firmado su consentimiento para que el equipo de cirujanos de la Doctora Teems la intervenga, nos encontramos en el piso que comparten nuestros dos protagonistas, que en estos momentos están ejerciendo de anfitriones para sus dos mejores amigas, Joanna Maize y Sabrina Maggenti, siendo ésta última la que en este instante dice lo siguiente mientras abraza a Mary Ann con todas sus fuerzas:

—Ya verás como todo va a salir a pedir de boca. Y en menos que canta un gallo las tres volveremos a salir de marcha y a destrozar corazones masculinos con nuestros más que evidentes encantos.

—Gracias, chicas. Por todo; por ser las mejores amigas del Mundo y estar a mi lado a las duras y a las maduras. Por vuestro apoyo incondicional y por ser las mejores compañeras de correrías nocturnas que alguien como yo

podiera desear —dice Mary Ann mientras pide a las dos mujeres que la abracen al mismo tiempo, fundiéndose la tres en una pequeña pero intensa melé.

—Vaya, si son las tres mujeres más guapas del Mundo —suena de repente la voz de Roberto, al que vemos salir de una de las habitaciones del piso con una pequeña bolsa de viaje y un neceser.

—Hola, Rembrandt —saluda Sabrina acercándose rauda a dar un beso al guapo novio de nuestra protagonista, al cual a lo largo de los últimos meses, tanto ella como Joanna han terminado por coger un cariño tan profundo como sincero.

—¿Estás lista, mi amor? —Se dirige Roberto a Mary Ann, que deja escapar un largo suspiro y responde en tono resignado:

—¿Qué remedio me queda?

—¿Cuándo te operan? —Pregunta Joanna.

—Pasado mañana por la tarde, ingreso mañana por la mañana — responde Mary Ann en tono claramente asustado.

—¡Ánimo, bombón! Ya verás como todo sale bien —exclama Sabrina mientras vuelve a abrazarla con todas sus fuerzas.

-

-

-

-

-

-

-

CAPÍTULO 9º

LAS HORAS MÁS ANGUSTIOSAS DE SUS VIDAS

Son las siete en punto de la tarde de un Miércoles de Agosto de 2020 cuando Mary Ann Collins entra por fin en quirófano para que un equipo de expertos neurocirujanos comandados por la eminente Doctora Vanessa Teems le extraiga por fin el tumor alojado en su cabeza, y dé por terminado el largo proceso de lucha y terapia contra el cáncer que comenzase ahora casi un año

atrás.

Será una operación sumamente delicada, que se prevé se prolongue por espacio de varias horas, puede que hasta la madrugada.

En la cafetería del hospital se encuentran sus tres personas más queridas intentando darse ánimos los unos a los otros, pues saben de lo arriesgado de la intervención a la cual está a punto de someterse nuestra protagonista.

—Ya veréis, chicas, como todo va a salir mejor que bien —dice Roberto después de pedir tres cafés y tres bollos al camarero de la cafetería del hospital.

—Dios te oiga, querido Roberto. Dios te oiga —dice Sabrina, dibujando en su bello semblante la más cansada de las sonrisas.

—Mary Ann es una mujer muy fuerte, y una luchadora de los pies a la cabeza —suena poco después la dulce voz de Joanna Maize, mientras se levanta para ayudar al camarero a traer lo pedido por Roberto.

Beben el café y comen los bollos en silencio, sin dejar de mirar el reloj digital de la pared de la cafetería, viendo cómo pasan las horas desde las siete de la tarde hasta que son casi las diez de la noche.

En ese momento, Roberto Osuna se dirige a las amigas de su prometida en tono cargado de profundo y sincero agradecimiento:

—Chicas, tal vez sea buena idea que os marchéis a casa a descansar. De todos modos, los tres aquí no hacemos nada.

—P-pero... —Comienza a protestar Joanna, aunque sin demasiado

ímpetu todo hay que decirlo.

—Cariño, Roberto tiene razón —dice Sabrina, alzándose de su silla y emprendiendo el camino hacia la salida de la cafetería del hospital.

—¿Qué harás tú? —Pregunta Joanna mirando al pintor.

—¿Tú qué crees, monina? —Le responde su amiga en cariñoso tono de chanza.

—Esperar a ver qué dicen la Doctora Teems. Le prometí a Mary Ann que sería lo primero que vea cuando se despierte de la anestesia.

—Eres un buen hombre, Roberto Osuna —susurra Sabrina mientras lo besa suavemente en la rasposa mejilla antes de agregar sinceramente conmovida por la actitud del pintor—: Mary Ann tiene mucha suerte de tenerte en su vida.

—A vosotras también os quiere mucho, chicas. Es algo que salta a la vista por cómo habla de vosotras a cada momento.

Tras decir esto se despiden los tres, quedando Roberto en el hospital a la espera de que nuestra protagonista salga por fin de la sala de operaciones.

Algo que ocurre a eso de las dos de la madrugada, tras más de siete horas de cirugía cuando por fin la Doctora Teems, agotada pero con una enorme sonrisa de satisfacción en el semblante, sale del quirófano y se dirige a Roberto con las siguientes palabras de ánimo y triunfo:

—Todo ha salido bien, señor Osuna.

—¿L-lo dice en serio, Doctora? ¿D—de veras ha ido todo bien?

—Sí; ahora solo debe esperar un poco más hasta que la señorita Collins se recupere de la anestesia.

—¿Dónde está? Debo estar con ella cuando se despierte.

—Acaban de subirla a su habitación. Dele como un par de horas para que se recupere, la anestesia ha sido bastante fuerte —responde Vanessa Teems con una sonrisa en los labios mientras contempla cómo Roberto sale disparado hacia los ascensores.

Dos horas más tarde, Mary Ann Collins abre por fin los ojos y susurra muy quedamente el nombre de su amado:

—¿R-Roberto...?

—Aquí estoy, mi amor. Tal y cómo te prometí —responde el hombre al tiempo que se inclina sobre nuestra bella protagonista y besa con gran cariño y dulzura el vendaje de su calva cabeza.

—¿Va a salir todo bien a partir de ahora, verdad?

—Va a salir todo mejor que bien.

—Gracias, mi amor. Sé que será así —dice Mary Ann antes de quedar de nuevo profundamente dormida, pues la operación la ha dejado agotada.

CAPÍTULO 10º

LA VIDA ES MARAVILLOSA

16 de Agosto de 2021. Ha pasado un año desde que Mary Ann Collins se sometiese a una delicada intervención quirúrgica para extirparle un tumor cerebral que ponía en peligro su vida. Por suerte, todo salió bien y ahora la

tenemos en una playa del Caribe junto a su recién estrenado marido, Roberto Osuna el pintor que conociese casi dos años atrás en Central Park.

—¿No te parece maravilloso? —Pregunta Mary Ann en este momento mientras deja que su esposo le embadurne la espalda con protector solar.

—¿El qué, mi amor?

—Este lugar tan hermoso. Que tú y yo estemos juntos. Que yo haya superado casi mis problemas de salud... Todo en general.

—Tú eres maravillosa, Mary Ann.

—Tú haces que lo sea, Roberto.

Se dispone a responder de nuevo el pintor, cuando de repente suena el móvil de Mary Ann.

Es una videollamada de Joanna y Sabrina, informándoles que su avión llega por la tarde, y que pronto se verán y estarán de nuevo juntos.

La vida también ha cambiado para las dos amigas de nuestra protagonista. Por ejemplo, tras años de en apariencia feliz matrimonio, hace seis meses que Joanna Maize se separó de su marido y ahora comparte piso con Sabrina, que sigue soltera y tan lanzada y alocada como siempre.

A las siete en punto de la tarde de ese mismo día, las tres amigas se reúnen por fin de nuevo en el hotel donde se alojan Mary Ann y Roberto.

—¡Hey, chica, estás estupenda! —Es lo primero que dice Sabrina al ver a nuestra protagonista. Y tiene razón, pues lo cierto es que Mary Ann está guapísima con su medio melena rubia ondulada, que tal vez por efecto de la

quimio se ha oscurecido y ahora presenta un precioso color rubio ceniza que la favorece muchísimo.

—¿Y tú te has puesto tetas!? —Exclama a su vez nuestra heroína al ver que, en efecto, la italiana Sabrina Maggenti se ha operado el pecho y ahora usa una nada despreciable talla cien de busto.

—No son tan formidables como las tuyas, pero...

Poco después se une a ellas Roberto, marchando los cuatro a cenar algo a un local de comida típica de la región para celebrar la reunión de las tres amigas tras varios meses sin verse.

—Tenemos una magnífica noticia que daros, chicas —dice Mary Ann una vez todos se han sentado a la mesa y una guapa camarera ha tomado nota de lo que desean tomar para cenar.

—¡Suéltalo ya, chica, que nos tienes en ascuas! —Exclama Sabrina en tono impaciente y palmoteando como una niña pequeña.

—Roberto ha vuelto a pintar.

—¿En serio!? ¡Eso es maravilloso, cariño! —Exclama Joanna visiblemente entusiasmada y antes de alzarse de su asiento para abrazar Mary Ann con gran efusividad—. ¿Y has acabado ya algún cuadro? —Pregunta luego dirigiéndose a Roberto, que le sonríe y responde con gran alegría:

—Estoy acabando la que seguro será mi mejor obra con diferencia. ¿Verdad, niña linda? —Al decir esto, toma la mano de Mary Ann y la oprime con fuerza.

Poco después, llega la cena, y los cuatro disfrutan de ella entre risas, chistes y bromas; pero sobre todo cariño y alegría por haber dejado atrás las dificultades y haber encontrado la dicha que tanto ansiaban.

FIN

EPÍLOGO

Son las once y veinte de la mañana del 19 de Octubre del año 2021. Nos encontramos en una pequeña pero exclusiva galería de arte de la Gran Manzana, lugar escogido por el ahora afamado pintor de origen latino Roberto Osuna para exponer su colección de retratos protagonizada por su amada Mary Ann Collins.

Son doce en total, y son todas obras de arte de gran valor, tanto pictórico como sentimental para ambos.

—¿Cómo se llama éste cuadro y cuánto vale? —Pregunta una adinerada dama de la Alta Sociedad neoyorquina, admirando extasiada un retrato donde los ojos de Mary Ann parecen estar vivos y sonreír a todo aquel que se acerca a contemplarlo.

—No está en venta, señora Arnett —suena a su espalda la voz del artífice del hermoso y logrado retrato.

—¡Le pagaré lo que me pida! —Exclama la mujer, pero el pintor no la escucha y se aleja rumbo hacia donde lo espera su amada para abrazarlo y fundirse con él en un beso tan intenso como apasionado.

